REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXV — San José, Costa Rica — **1932** — Sábado 27 de Agosto — Núm. 8

Año XIV. No. 600

SUMARIO

PERSIFLAGE

Introducción al estudio de Horacio

= *Colaboración directa* =

Para *Max. Jiménez Huete*, en quien es grato ver cómo se va acendrando un horaciano sentido de la vida que lo hace el mejor de nuestros poetas.

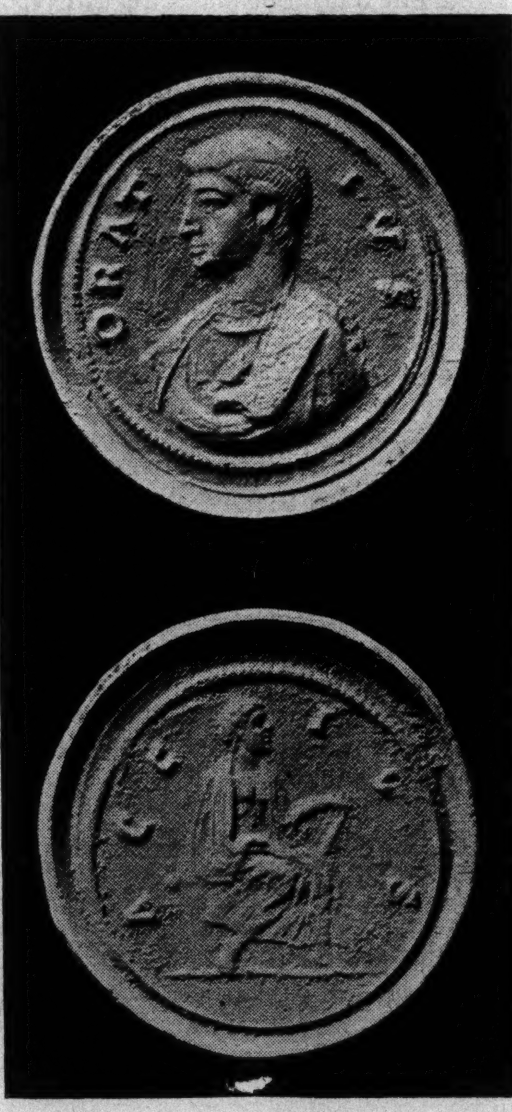
Mucho habla Horacio de sí mismo: Más que hubiese dicho, todo sería para ennoblecernos: Cuando hemos recogido lo que dijo de sí, y lo pesamos contra nuestra avidez, nos parece bien poco. De su familia quisiéramos saber cien veces más de lo que nos es posible averiguar. Cuanto nos dice de su padre es para leerlo, reverente, quien tuvo progenitor digno ya no sólo de natural cariño sino también del respeto y admiración ungidos de lo divino, sentimiento que la religión reclama flor de su jardín y que los romanos llamaron piedad. Habla de sí mismo Horacio, en la VI[ta.] del Primer Libro de *Sátiras*, y dice:

> Nunc ad me redeo, libertino patre natum,
> Quem rodunt omnes libertino patre natum, (1)

y en la reiteración pone énfasis que es protesta y defensa, proclama y reto: Ahora hablo de mí mismo, hijo de hombre que fué esclavo soy: De mí mismo a quien todos reprochan el ser hijo de liberto.—Y de ese liberto, su padre, hace elogio que no tiene en los anales de Roma otro padre ninguno y que los más nobles de los nobles pudieran envidiar. Se acuerda uno, conmovido, del recuerdo que de sus padres hizo Pasteur; de la veneración que por su madre pobrecita tuvo el japonés Noguchi, presea de la humanidad; del dulcísimo amor filial, miel de gratitud, que dio sabor ángélico a la gloria tántas veces amarga de Sarmiento y de Martí, varones de América: Y de todos ellos el arquetipo es Horacio. El poeta se dirije a Mecenas, su amigo, su protector, en cierto modo su maestro, como veremos adelante; a Mecenas, genio bueno del gran Augusto; a Mecenas, semejante a un dios, me parece a mí; y lo que pareciera adulación de privado a su señor y alabanza de sí mismo, Horacio lo vuelve honroso chorro de loor al padre suyo venerado:

> Magnum ego duco,—*dice*—
> Quod placui tibi, qui turpi secernis honestum,
> Non patre praeclaro, sed vita et pectore puro,

(1) Ahora hacia mí vuelvo, de liberto padre nacido,
A quien reprochan todos (el ser) de liberto padre nacido.



Horacio
De un medallón de bronce de la época de Constantino
(*Biblioteca Nacional, París*)

> Atque si vitiis mediocribus ac mea paucis
> Mendosa est natura, alioqui recta (velut si
> Egregio inspersos reprehendas corpore naevos);
> Si neque avaritiam, neque sordes, ac mala lustra
> Objiciet vera quisquam mihi; purus et insons
> (Ut me collaudem) si vivo, et carus amicis,
> Causa fuit pater his, qui macro pauper agello
> Nolluit in Flavi ludum me mittere, magni
> Quo pueri magnis e centurionibus orti,
> Laevo suspensi loculos tabulamque lacerto,
> Ibant octonis referentes Idibus aera:
> Sed puerum est ausus Romam portare, docendum
> Artes, quas doceat quivis eques atque senator
> Semet prognatos. Vestem servosque sequentes,
> In magno ut populo, si quis vidisset, avita
> Ex re praeberi sumtus mihi crederet illos.
> Ipse mihi custos incorruptissimus omnes
> Circum doctores aderat. Quid multa? Pudicum
> (Qui primus virtutis honos) servavit ab omni
> Non solum facto, verum opprobrio quoque turpi:
> Nec timuit, sive ne vitio quis verteret, olim
> Si praeco parvas, aut, ut fuit ipse, coactor
> Mercedes sequerer: Neque ego essem questus. Ob hoc
> Laus illi debetur, et a me gratia major. [nunc
> Nil me poeniteat sanum patris hujus: Eoque
> Non, ut magna dolo factum negat esse suo pars.
> Quod non ingenuos habeat clarosque parentes,
> Sic me defendam. Longe mea discrepat istis
> Et vox et ratio. Nam si natura juberet
> A certis annis aevum remeare peractum,
> Atque alios legere ad fastum quoscumque parentes,
> Optaret sibi quisque: Meis contentus, honestos
> Fascibus et sellis noliem mihi sumere.

Este pasaje (versos 63 al 97) será lo primero que estudiemos del poeta. Bien está, porque peor es nada, ocurrir a las versiones. La de don Javier de Burgos me parece excelente. Pero leer al propio Horacio es y será siempre lo mejor. Los intonsos en latinidad podemos, después de algún esfuerzo, reconstruir el orden de las palabras del original y guiarnos luego por traducción literal que hagamos, volviendo al verso repetidamente para, ya algo instruídos en su significación, recrearnos en siquiera parte de su nobleza. Ni nos detenga de este método el creer que cometemos imperdonable sacrilegio contra la poesía, que Horacio el primero habla, como veremos luego, de sus *Sátiras*, llamándolas buena prosa.

EJERCICIO:

Ego duco hoc magnum, quod placui
Yo estimo esto grandemente, que he placido
tibi, qui secernis honestum turpi, non
a ti, que distingues al digno del bajo, no
praeclaro patre sed vita
por (razón de) preclaro padre sino por la vida (que llevo)
et puro pectore. Atque si mea
y el puro corazón (que tengo). Pero si mi
natura est mendosa mediocribus ac
naturaleza está mancillada con insignificantes y

paucas vitiis, alioqui recta
pocas manchas por lo demás es recta

(velut si reprehendas naevos inspersos
como si halles lunares regados

egregio corpore); si neque avaritiam,
en bello cuerpo; si ni avaricia,

neque sordes, aut mala lustra, objiciet
ni bajezas, o malasandanzas, puede achacar

mihi vere quisquam; si vivo purus et
a mí veramente nadie; si vivo puro e

insons et carus amicis (ut
inocente y (soy) caro a los amigos (para

collaudem me), pater fuit causa his
recomendarme), (mi) padre fué causa de esto,

qui pauper, macro agello, noluit
quien pobre, con flaca finca, no quiso sin embargo

mittere me in ludum Flavi — quo
enviar me a la escuela de Flavio—a donde

pueri orti e magnis centurionibus,
muchachos nacidos de grandes centuriones,

suspensi loculos tabulamque lacerto
colgándo (les) los bultos y tablas de escribir del brazo

laevo, ibant referentes aera octonis
izquierdo, iban llevando dádivas el ocho

Idibus, — sed est ausus portare
de las Ides,—sino (que) fue osado a llevar (me)

puerum Romam, docendum artes quas
muchacho a Roma, a ser enseñado las artes que

quivis eques atque senator doceat
cualquier caballero y senador enseña

prognatos semet: ut si quis
a los nacidos de sí: de manera que, si alguien

in magno populo vidisset vestem
entre la gran muchedumbre hubiese visto (mi) vestido

que servos, sequentes, crederet illos
y los sirvientes seguidores (míos), creería que esos

sumtus praeberi mihi ex avita re.
gastos yo suplía para mí de heredada fortuna.

Ipse, incorruptissimus custos, aderat
El mismo, fidelísimo guardián, metíase

mihi circum omnes doctores. Quid
conmigo entre todos los preceptores. ¿A qué

multa? Servavit pudicum (qui
tántas palabras? Conservó (me) casto (que (es)

primus honos virtutis) non solum ab
el primer honor de la virtud) no sólo de

omni facto, verum quoque turpi
todo acto, sino también de bajo

opprobrio: nec timuit me quis verteret
oprobio: ni temió fuese alguien a achacar(le)

sibi vitio si olim praeco,
a sí como falta si más tarde de anunciador de subastas

aut coactor (ut ipse fuit),
o recaudador de impuestos (como él mismo fue),

sequerer parvas mercedes: neque
fuese yo a recoger pequeños emolumentos: ni

ego essem questus. Ob hoc nunc
yo hubiese protestado (de esto). Por esto ahora

debitur illi laus, et major gratia a
débese a él elogio, y mayor gratitud de

me. Nil me poeniteat sanum
mi parte. Nunca me puede arrepentir en sano juicio

hujus patris: eoque non sic me
de este padre: y por tanto no así me

defendam, ut magna pars que negat
defenderé, como gran porción (que) alega no

esse factum suo dolo quod non
haber sido por su propia culpa el que no

habeat ingenuos clarosque parentes.
tenga distinguidos e ilustres padres.

Ut mea vox et ratio longe discrepat
Y mi voz y razón largamente discrepa

istis. Nam si natura juberet
de éstos. Pues si la naturaleza (me) ordenase

remeare peractum aevum a certis
recorrer la cumplida edad desde ciertos

annis, atque legere alios parentes
años y elegir otros padres

quoscumque quisque optaret sibi
cualesquiera que cada uno seleccionara para sí

ad fastum, contentus meis,
a (su mayor) ambición, contento con los míos,

nollem sumere mihi honestos
no sería tomado para mí el señalado

fascibus ac sellis.
para (los honores de) las fasces y los tronos.

Uno o dos meses de práctica, quizás tres, con algún amigo empeñoso, nos puede dar dominio bastante,—dedicándole un rato cada día,—de las declinaciones latinas y de las conjugaciones: «El que conjuga y declina, sabe la lengua latina». Seamos atrevidos y no querramos mayor bagaje para lanzarnos a conocer a Horacio: Valdrá la pena ser osado. En el ejercicio aquí propuesto podemos hacer sendas listas de los substantivos, adjetivos, pronombres, verbos, adverbios, preposiciones y conjunciones usados, y estudiar las particularidades de cada voz. Imaginémonos descubridores ¡y de cuánto tesoro!—descubridores alegres—y en el instante en que nos comience a cansar este trabajo, démonos tregua y reposo, pero no lo abandonemos. Y si se me pregunta para qué, diré que sólo para ver qué resulta, en la confianza de que no será nada malo.

Demasiadas voces atacan el latín, atacan el griego, para ensalzar las supuestas virtudes del francés o del inglés. Leo por ahí—en defensa de que «lo más cuerdo es la elección del francés»—que «los franceses, como los antiguos griegos, poseen el don de la medida», y es con despropósitos de esa laya como tratamos en el país las cosas de educación. Sin meternos con los franceses,—a quienes Dios perdone,—neguémosle a los antiguos griegos el don de la medida, pues si por «los antiguos griegos»—designación tan vaga que casi nada significa—queremos decir aquellos fanáticos de la disciplina y de la fuerza que fueron los espartanos, medida ninguna sino sólo extremos conocieron; y si es a los del Atica a quienes nos referimos, recordemos sus veleidades, sus traiciones continuas, sus crímenes: Allí apuró la cicuta Sócrates por mandato popular; allí apedrearon las masas a Eurípides; allí hicieron llorar a Pericles; allí le amargaron la vida a Fidias; de allí huyó Platón; allí desatendieron a Demóstenes; allí adoraron a Alcibiades; allí fueron como los japoneses del crimen de Chapei para con los valientes melios; allí fue el yanqui de aquellos tiempos, el macedonio, quien, una vez que hubo sojuzgado a Grecia, hizo posible la labor de Aristóteles. A pesar de lo cual—siempre será ***a pesar de***—en Grecia quiso la tenacidad de un manojo de hombres librar a aquel pueblo miserable de maldición completa. En Francia no es distinto. La falta de medida sería más bien lo que a los franceses haría comparables con los griegos: El que tan grande sea el exceso que hasta lo bueno se dé. La falta de medida francesa puede—si los nombres prueban nada, cosa que dudo,—probarse recordando a Villon, a Rabelais, a Voltaire, a Danton, a Robespierre, a Chateaubriand, a Víctor Hugo, a Baudelaire, a Verlaine, al Marqués de Sade, a los que asesinaron a Jean Jaurés—todos doctores en desmedimiento. Y si es el horror de «restablecer en su trono a los odiosos maestros de lenguas muertas» lo que ha de llevarnos a mantener en su destierro al latín, lo mismo podría alegarse para suprimir el estudio de todo en esta bendita tierra donde vale más hacerle la barba a un ministro o adular a un presidente que saber enseñar. No. Refugiémonos en Horacio huyendo de tanta amargura.

El padre de Horacio fue esclavo. Esclavo, primero, de familia nobilísima, de donde tomó nombre gentilicio, y luego de la ciudad de Vanusia, hoy llamada Vanosa, de la que hablaremos más tarde. Siendo esclavo de la ciudad logró manumisión y, ya liberto, puesto mediocre, el de recaudador de pagos hechos en subastas públicas—recaudador de impuestos de la ciudad, dicen otros,—en lo que pudo ahorrar para hacerse de la tierrilla—***macer agellus,***—que dice Horacio. Honrado ha de haber sido ese buen hombre; laborioso, metódico, excelente burgués. Casó, sin duda, y enviudó quedándole sólo un hijo. Amoroso de por sí, esa circunstancia despertó en él la solicitud maternal que anima en todo corazón bien puesto de hombre. Y vivió en su hijo, prolongándose en él, renaciendo en él, ennobleciéndose en él, sin escatimar los medios para darle, pobre aunque era, educación como la que los senadores y los caballeros les daban a su prole. Amor falto de cordura, más frecuentemente que desamor, echa a perder a los hijos: Los hace fatuos, mimados, extravagantes. Veremos, leyendo en la IVta. del Primer Libro de *Sátiras*, cómo fue la educación que su padre le dio a Horacio.

Persiles

Rancho La Chola de la Cruz,
El General, julio, 1932.

Orden, disciplina y entusiasmo

= *Envío del autor.*—Palabras dichas recientemente por el Sr. Subsecretario de Educación Pública en la Escuela Normal de Costa Rica, en Asamblea de Inspectores y Visitadores de Escuelas =

Señoras, señoritas, señores:

Al inaugurar sus funciones el Jefe Técnico de Educación Primaria, ha querido que la primera reunión de Visitadores e Inspectores se verificase bajo el dombo sin mancilla de la Escuela Normal. Bien lo ha pensado, porque la Escuela Normal debe ser el laboratorio pedagógico del país, la estación metereológica donde se perciban las más sutiles corrientes del espíritu, donde se anuncien y prevean las tempestades, donde se recojan las observaciones e inquietudes del noble magisterio costarricense, y de donde se dé a cada maestro que la visita, el gajo de luz de una sugestión útil o de un atinado consejo.

Tiempos son estos de pobreza y de miseria, de dificultades y de universal desconcierto, pero, señores, vaciad el agua toda que contienen los mares, y llenad la vastedad de sus abismos vacíos,—monstruosas cuencas de donde se hubiesen arrancado las inmensas pupilas—con todo el oro del mundo; derramad en ellos los tesoros de la realidad y los tesoros de la fantasía; no habréis acumulado nada; nada de todo eso tiene el soberbio dinamismo de una chispa de entusiasmo. El entusiasmo es la gran fuerza, la maravillosa fuerza de la Humanidad.

La crisis que azota al mundo no es sino una fase de la hecatombe que se inició en un oscuro día para la historia, al desencadenarse la guerra más sangrienta que ha azotado al mundo; no tiene precedentes, pero mientras no dominen los valores del espíritu no será sino un obstáculo que estimule el anhelo del triunfo y una ocasión de prueba para el ejercicio de las más excelsas virtudes del hombre.

Así es, señores, que la juventud que hoy se congrega en esta sala debe considerar la hora presente como una hora singularmente propicia para luchar y para triunfar.

Temed las crisis del entusiasmo, que son mortales, y no temáis las crisis económicas cuyos desequilibrios, por hondos que sean, harán desaparecer los hombres de cuyas almas no desapareció el entusiasmo.

Cuando acepté el puesto que otros han honrado y que yo inmerecidamente ocupo, pensé que si las arcas nacionales estaban exhaustas, no estaban exhaustas las reservas de energía y de entusiasmo del maestro costarricense, y por eso no vacilé en aceptar el cargo, más confiado en vosotros mismos que en mí mismo, porque juntos no habremos de dejar que se apaguen las lumbres que varones puros y nobles, cuyas memorias veneramos, encendieron y alentaron.

Grato me es venir a la Escuela Normal porque su recuerdo se asocia al de un hombre cuya visión de maestro y de apóstol fué el resplandor de una estrella que no apagan ni las brumas más densas. Mucho le debo a Omar y mucho le debéis los presentes, porque aún los que no le conocisteis, seguís siendo sus discípulos, porque el espíritu del Maestro flota en el ambiente y santifica esta sala con lenguas de fuego. En otra ocasión os hablaré de él porque él me quiso mucho y yo también y vosotros sabéis que en una amistad noble está la comprensión superior y verdadera.

En una ocasión se le dijo al Maestro que la escuela costarricense debía tender a formar hombres prácticos, y el Maestro se indignó. La pequeñez del país y un carácter cazurro y aldeano nos ha hecho efectivamente tan prácticos que si vemos a la ganancia lejana decimos que la pérdida está cerca y a ratos la costumbre del cálculo y la aritmética de las ventajas personales mata los empeños más generosos. Horror a las responsabilidades, miedo al riesgo: tales han sido los grandes males de la educación nacional.

Hombres que aparecen a la hora del elogio o de la recompensa y que se esfuman a la hora de las responsabilidades; mucho pesar el pro y el contra, indecisión, duda, y no resolver nada por no asumir los riesgos, con singulares excepciones, han sido las características de nuestro temperamento. Si ese fuera el ideal de la Escuela, convengamos en que sonó otra hora, y bendigamos la memoria del Maestro que deshizo la leyenda del hombre práctico que dominó durante tanto tiempo en los medios vulgares y aun en los que no debían serlo.

Juventud entusiasta y llena de ideales como aquella de que nos hablaba Rodó, congregada bajo los olivos de Jonia, realizó las más esforzadas empresas y gobierna aun el pensamiento humano, y juventud que contabilizó la vida al perderla desapareció para siempre en el olvido.

La fórmula de los hombres que han triunfado ha sido idealidad superior en cuanto a los fines y espíritu práctico en cuanto a los medios.

Un campesino soñó un día que sobre el torrente desencadenado que venía desde las altas cimas podía tenderse un puente que dominase la muerte y el abismo, y fué idealista. Se trajo el material, se construyeron los bastiones y el puente se construyó; estos eran los medios prácticos. Nada se hubiera hecho con ellos sin una concepción superior, pero nada se habría hecho con una concepción ideal sin medios prácticos para realizarla. El alma de la escuela costarricense debe palpitar con los más grandes ideales, pero para la realización de ellos debemos buscar los medios prácticos en un programa que descanse en el cimiento de la verdad y no sobre la nube fugitiva de un falso sueño.

Y para trabajar debemos perderle el miedo a la posibilidad de la equivocación. El hombre vive en un error constante y no debe temerlo pensando que no habrá de realizar una obra perfecta. Ninguna palabra quizá ha anulado más energías que la palabra perfección. La obra del hombre jamás puede ser perfecta porque si lo fuera pondría un límite a la evolución y desaparecería la posibilidad del progreso. El mundo es de los que aman el peligro y no temen perecer en él, conforme a la sentencia bíblica. La juventud costarricense debe asumir las responsabilidades de su destino y la inevitable posibilidad del error.

La lucha por la cultura patria debe ser la preocupación de todo costarricense. Esa es la campaña política más digna de nuestras devociones.

El político se encuentra generalmente con situaciones que las circunstancias crearon y su habilidad consiste en esquivarlas o en aprovecharse de ellas. En cambio, el educador en su política altísima, modifica el alma humana silenciosa y noblemente.

Las circunstancias determinan las actividades del político y en cambio el educador, con el concurso del tiempo, llega a dominar las circunstancias y se realizará el sueño del pensador norteamericano que le auguraba al mundo la hora, quizá todavía muy lejana, en que la política sería sustituída por la educación, pero sin que esa hora haya llegado, podemos decir que el maestro al formar el corazón de sus discípulos forma la conciencia pública del futuro.

Uno de los más firmes empeños de la escuela costarricense debe ser conocer a Costa Rica. Nuestra geografía, nuestra historia, la penetración de nuestra música y filosofía populares, el estudio de nuestras ciencias naturales deben ser propósitos esenciales de investigación para el maestro costarricense.

¿Cómo es posible que los secretos de nuestra naturaleza nos los revelen sabios extranjeros sin apego al país; cómo es posible que sigamos tolerando la explotación bárbara de nuestros tesoros arqueológicos, que ya no toleran ni los chinos ni los egipcios; cómo es posible que nuestra juventud, al llegar de los veranos no se desparrame sobre nuestras montañas, y nuestras playas, a la vera de los cráteres de los volcanes, que no naveguen sobre nuestros ríos, que son en las noches de luna, ríos de ensueño y de misterio, que no reciban en nuestros campos las inspiraciones vigorosas de una Costa Rica sana y austera que no debemos dejar irse, y que a su vez, den a la patria el fruto de sus investigaciones y estudios, para llegar a realizar con la contribución de todos, el milagro de conocer nuestro prodigioso país?

Señores, estas palabras se prolongan demasiado. Escribamos en la bandera de la escuela costarricense estas palabras: orden, disciplina y entusiasmo.

Teodoro Picado

Un gran francés internacional desaparecido

= De *La Nación*. Buenos Aires =

Más quizá todavía que en París, la súbita muerte de Albert Thomas ha producido penosa sorpresa en el extranjero y dado lugar a condolencias sinceras. Embargada a la sazón por el horror y la piedad que suscitaron el asesinato de Paul Doumer, el hombre de bien, el heroico padre de familia que presidía la República con tan alto sentido del deber, Francia no ha valorado tal vez en el acto lo que perdió el mismo día al perder al director de la Oficina Internacional del Trabajo. También de él, como declaró el respetable y respetado M. Mahaim frente a la alcaldía de Champigny, puede decirse que fué un gran francés que puso al servicio de un ideal internacional, honrando con ello a su país, un conjunto de aptitudes y de tendencias en las que Francia tiene derecho a identificar lo mejor de sí misma.

Sabido es en qué trágicas circunstancias fué planteado al mundo ese ideal. Terminaba la guerra. Se esbozaba la paz, pero mucha gente abrigaba el sentimiento íntimo de que la paz no habría de ser duradera. Si no empezaban todos los países por preocuparse más del pueblo, de la masa, si no se adoptaban todas las medidas necesarias para hacerle accesible una vida más humana, si el cuidado solícito de la justicia social, en fin, no pasaba a ocupar el primer plano en el mundo de la postguerra, aquella paz entre los pueblos no sería, en efecto, duradera.

"Visto—decían las altas partes contratantes en el preámbulo del tratado de paz—que existen condiciones de trabajo que implican para gran número de personas la injusticia, la miseria y las privaciones, lo cual engendra un descontento tal que la paz y la armonía universal son puestas en peligro, y visto que es urgente mejorar esas condiciones..."

Y se mencionaba como muestra de lo que había que hacer "la reglamentación de las horas de trabajo, la determinación de una duración máxima de la jornada y la semana de trabajo, el reclutamiento de la mano de obra, la lucha contra la desocupación, la garantía de un salario que asegurase condiciones de existencia adecuadas, la protección de los trabajadores contra las enfermedades generales o profesionales y los accidentes resultantes del trabajo, la protección de los niños, los adolescentes y las mujeres, las pensiones a la vejez y a la invalidez, la defensa de los intereses de los trabajadores ocupados en el extranjero, la afirmación del principio de la libertad sindical, la organización de la enseñanza profesional y técnica, y otras medidas análogas".

Pero los países que fuesen los primeros en adoptarlas y que se negaran a considerar el trabajo humano como una simple mercancía, ¿no se expondrían a colocarse en situación de inferioridad con relación a otras naciones menos humanas?

De ahí la necesidad de coordinar los esfuerzos en materia de protección del trabajo. Era importante que las naciones industriales se sometieran a convenciones análogas, que cada una de ellas estuviera al corriente de las cargas que las demás se imponían en interés de los trabajadores, que todas se esforzaran en hacer converger sus tácticas en esa otra guerra de todas las horas que es la lucha contra las repercusiones del maquinismo. Una política digna de tal nombre tenía que ser internacional o no sería nada.

De esas reflexiones nació la idea de la Oficina Internacional del Trabajo, que no había de ser sólo una biblioteca, sino un laboratorio, no solamente un centro de estudios, sino un curso preparatorio de la actuación.

Albert Thomas
Visto por *Fresno*

Para dirigir el nuevo organismo, para orientar las investigaciones de sus funcionarios, para armonizar los criterios de los representantes de los Estados, de los patrones, de los obreros, y transformarlos en convenciones, en recomendaciones susceptibles de generalización, estaba indicado un hombre a quien las experiencias de la guerra habían designado ya a la atención pública: un alumno de nuestra Escuela Normal Superior, auxiliar de historia, miembro del Partido Socialista y ministro de Armamentos durante la guerra: Albert Thomas.

No se ignora que nuestra vieja Escuela Normal es algo más que un vivero de profesores. Proporciona a Francia no pocos hombres de letras o de ciencias, y también hombres políticos, entre los más famosos de los cuales figuran actualmente Paul Painlevé y Edouard Herriot. Pensando en ellos y en su actuación fué que a un editor se le ocurrió hace unos cuantos años estampar en la faja de un libro que trataba de lanzar: "Es la Normal quien guía a Francia". Frase chistosa, exageración caricaturesca, desde luego. Pero no menos cierto también que muchos normalistas se han destacado brillantemente en el orden de las actividades internacionales. En el banquete organizado por la Sociedad de Amigos de la Escuela Normal Superior, que preside M. François-Poncet, embajador en Berlín, figuraba cerca de un centenar de normalistas "internacionales". Y en ese terreno nadie podía disputar la palma a Albert Thomas. De entre todos aquellos universitarios dedicados a otros menesteres, era el más notable, el más preparado para tender un puente entre la investigación científica y la acción social.

La Escuela Normal había contribuido a esa su preparación en ambos aspectos. Cuando el hijo del modesto panadero de Champigny ingresó en ella—tras de haber recibido en el curso de retórica superior del Liceo Louis-le-Grand los consejos de un profesor incomparable, Charles Lafont—, dió la impresión de ser un trabajador encarnizado. La voluntad plebeya le prestaba ánimo. El "gordo Tom", como sus compañeros le decían, se abocó a una tarea formidable. Aprendió allí para siempre los buenos métodos: los que imprimen la costumbre de informarse con precisión, de clasificar sistemáticamente, de exponer en forma lúcida. El normalista Albert Thomas poseía en alto grado esas cualidades que los miembros de las reuniones internacionales aprecian de buen grado en las delegaciones francesas.

Y halló algo más también en la vieja escuela, conmovida entonces hasta las raíces por el asunto Dreyfus: el impulso moral. Experimentó el ascendiente de Lucien Herr, nuestro célebre bibliotecario, maestro silencioso de toda aquella

juventud. Y Lucien Herr le arrastró hacia el surco de Jean Jaurés.

Jaurés luchaba a la sazón contra el dogmatismo marxista, y lo hacía con su denuedo habitual, los métodos revisionistas y reformistas que quieren que se tomen en cuenta las posibilidades históricas. Para mucha gente Albert Thomas reencarnó después al Jaurés de la época aquella.

Más historiador que filósofo, Thomas no desdeñaba, empero, los sistemas ni aun las ensoñaciones revolucionarias. Había proyectado consagrar su tesis de doctorado al estudio del Babuvismo. Y cuando se vió precisado a renunciar a su ambición, acuciado por necesidades de actuación más urgentes, quiso, por lo menos, reunir en una pequeña galería de la Oficina Internacional del Trabajo los retratos de Saint-Simon, de Fourier, de Proudhon, sus maestros espirituales, sus guías familiares.

Pero lo importante a sus ojos no era el resucitar total, rotundo, el pensamiento de sus maestros, sino más bien el insertar todos los fragmentos posibles de ese ideario en la realidad compleja en que vivimos. Y para lograr tal resultado había que aprovechar todos los puntos de inserción que la vida misma nos revela.

El destino iba a facilitar a Albert Thomas una terrible ocasión de poner a prueba su método. Esa ocasión fué una catástrofe, fué la guerra. En su calidad de ministro de Armamentos, Albert Thomas tenía que proporcionar al ejército de un país invadido, privado de sus fábricas mejores, cañones y municiones. Tenía, al igual que ocurrió cuando la Revolución Francesa, que improvisar todo un material. Y Albert Thomas comprendió desde el primer momento que la obligación impuesta a los obreros no podría bastar a dar cima al empeño gigantesco; que habría que empezar por asegurar al personal obrero empleado en las fábricas, de las que el Estado se convertía en cliente, un mínimo de salario, y también un mínimo de contralor. Y de esta suerte surgió la red de convenciones colectivas, de las que se ha dicho que fueron la forma primera del estatismo de guerra.

Pero Albert Thomas contaba también con que una buena parte de los métodos ensayados durante la guerra podría mantenerse en la paz. Veía en las garantías patronales que había logrado para los obreros en el curso de aquel período catastrófico el anuncio de conquistas definitivas. Formaba en la vanguardia de los que esperaban que tras la sacudida terrible el trabajo no seguiría siendo considerado como una mercancía cualquiera, y que la humanidad, disipada ya la embriaguez de la violencia, se propondría como primer objetivo el asegurar condiciones de vida humana a los trabajadores de todos los países.

Y de ahí que al fundarse la Oficina Internacional del Trabajo, Albert Thomas se apartara de la política militante y aceptase el consagrarse a la dirección del nuevo organismo, persuadido como estaba de que tenía en sus manos el instrumento más apto para servir al mismo tiempo a la causa del socialismo práctico y a la de la paz humana.

Y lo que hizo, lo saben ya todos los países del mundo que le vieron desembarcar, siempre jadeante y siempre en vibración, tratando sin tregua, lo mismo en la conversación privada que en la disertación pública, de convencer a los patrones, obreros, parlamentarios, de la necesidad de que adoptasen "las recomendaciones" elaboradas en Ginebra. Animador sin par, obtenía mucho de los demás porque se daba él íntegro, y no sólo se había conquistado la simpatía laboriosa de sus colaboradores, equipo incomparable, sino que forzaba además la estimación de los mismos elementos cuyas tradiciones perturbaba. Y allí donde cien otras personas hubieran fracasado, él conseguía, gracias a una hábil mezcla de pasión y de paciencia, imponer la idea que auspiciaba.

En el momento en que la mayor parte de los países del mundo, enloquecidos por la crisis económica, la política social se ve seriamente amenazada, la desaparición del luchador valiente, tan vigoroso como diestro, significa una inmensa pérdida. Una pérdida que enluta no solamente a sus amigos de Francia, sino al mundo del trabajo de todas las naciones.

C. Bougle

París, junio de 1932.

Mi canto

= *Envío de la autora.* San José de Costa Rica =

Cuando mi carne oscura y arrugada
sea en el cuerpo viejo ruín vestido,
y esté la mente de pensar cansada,
ronca la voz y débil el oído;

Cuando para los otros primavera
cubra con velo de oro toda cosa,
y aquel que me mirare no creyera
que tuve primavera y que fuí rosa;

Cuando duerma por siempre bajo tierra
deshechos estos ojos y esta boca,
y del lugar que el corazón encierra
broten flores del campo y yerba loca:

Mi canto de hoy que suelto por el mundo,
—gama de toda la armonía unida,—
que vibra en lo sencillo y lo profundo
con toda la potencia de la vida,

Ha de volver entonces, dulcemente,
como un algo divino y olvidado,
y en el abril florido del presente
ha de vivir de nuevo lo pasado,

Cantando su esperanza en la semilla
que asoma ya su débil brotecito,
en el estambre de la flor sencilla
y en el huevillo gris del pajarito;

Con voces de alegría en la corola
del lirio rubio y de la rosa bella,
y con voces de fuego en la amapola
que en la trenza se prende la doncella.

Y será en toda luz radiante nota
que irá sin apagarse en lo infinito,
en el panal de amor dorada gota
y en el júbilo eterno, eterno grito.

Nuevo su acorde, nuevo su ropaje,
fresco saldrá de labios del poeta
y el corazón le brindará hospedaje
con emoción más honda y más secreta,

Y mi cuerpo y mi alma que han vibrado
frente a toda belleza, cuando muera,
vivirán, por el canto que he cantado,
el milagro de toda primavera.

1932.

Claudia Lars

INDICE

LA EDUCACION NUEVA

Robert Dottrens: *La educación nueva en Austria. Del Imperio a la República.* ₡ 3.50
Juan Comas: *El sistema de Winnetka en la práctica* 3.00
Margarita Comas: *El método de proyectos en las escuelas urbanas* 3.50
Marcelo Agudo: *El Plan Howard* 2.25
Concepción S. Amor: *Las escuelas nuevas escandinavas* 1.50
Concepción S. Amor: *El maestro visitador* 1.75
G. Kerschensteiner: *La enseñanza científico-natural.* Pasta 3.50
E. Duvillard: *Las tendencias actuales de la enseñanza primaria* 3.50
Lucy Wilson: *Las escuelas nuevas rusas* 1.50
Fernando Sáinz: *El método de proyectos en las escuelas rurales* 3.25
Luis Santullano y Fernando Sáinz: *Guías didácticas* 3.50
Domingo Barnés: *La educación de la adolescencia.* Pasta.......... 3.50
Maud A. Brown: *La nueva enseñanza de la higiene* 2.00
William Boyd: *Hacia una nueva educación* 7.00

Solicítelos al Admor. del *Rep. Am.*

Balanza de palabras y de hombres

= *Envío de la autora*. San José de Costa Rica. =

Sustantivos, adjetivos, verbos y adverbios: hasta estas partes de la oración son materia que explota la burguesía. Con una frescura que da gusto, oímos expresiones como éstas: "El ilustre pedagogo don X asegura..." "Don Fulano de Tal, benemérito de la patria, dice que..." "El célebre orador, don Y, entusiasmó a sus oyentes..." "El profundo escritor, don Z, se defiende..." Pasemos ahora a analizar un poco. Resulta que el ilustre pedagogo es un profesor rutinario que lee muchas obras de educación, pero que de nada le sirven porque dicta sus lecciones para luego tomarlas al pie de la letra; que jamás tolera una observación de sus alumnos, que es, en fin, un tormento para ellos. El tal benemérito de la patria es más bien un malemérito; sabemos con certeza, aunque la historia no lo diga, que lo único que ha hecho es considerar a la patria como mercancía para venderla mejor a los de afuera, en beneficio de algunos de adentro, incluyéndose él. El célebre orador es aquel personaje "interesado siempre en las cosas de escuela", que en una fiesta cívica dijo muchas tonterías en metáforas brillantes. Y llegamos al profundo escritor que se defiende de un cargo concreto que se le ha lanzado. Hemos leído hasta tres de sus artículos sin lograr entender gran cosa. Hay gentes que retuercen de tal manera las ideas más sencillas, que acaban por presentarlas bajo una forma tan rara que nadie las entiende, y terminan por adquirir apariencia de profundidad y de misterio para los mediocres y los simples.



¡Sigue el duelo! Por *Burck*

Ahora que han terminado las conferencias del «Desarme» y de las Deudas de Guerra, se intensifican como nunca las rivalidades imperialistas que amenazan con lanzar a los trabajadores a una nueva guerra mundial.

Hay más en este juego ilícito que se hace con los vocablos. Algunas palabras y expresiones parecen correr una suerte especial: patria, patriotismo, elevado espíritu cívico, respeto a la ley, a las instituciones. Y no se crea que al emplearlas se hace irónicamente. No. La ironía requiere cierto talento del que no disponemos todos.

Patria. Patriotismo. ¿Qué dicen estas palabras a un escolar o a un estudiante de segunda enseñanza? ¿Qué nos han enseñado nuestros maestros de Educación Cívica? Definiciones que cumplen con todos los requisitos que exige la Lógica (Goblot las aceptaría sin duda); nociones acerca de los orígenes de nuestra ponderada libertad, sobre la organización de un estado y de sus excelencias (aunque haya gran número de personas muriendo de hambre y otras gastando miles de colones en fiestas), etc. La culpa no es de los maestros. Sabemos el grave, gravísimo peligro que se corre cuando a alguno se le ocurre salirse del camino que indica la Pedagogía oficial. Eso de que el maestro está en libertad de trabajar como su sentido común y sus estudios le indiquen, es una mentira cruel. ¡Ay del que trate honradamente los asuntos eléctricos! ¡Ay del que haga comprender a sus alumnos que la Liga de las Naciones es para el mundo una especie de elefante blanco! Hemos leído lo que escritores sinceros cuentan del indio peruano. Nada de esto puede decirse a los alumnos (la epidermis de los diplomáticos es hipersensible). Un maestro lee el artículo de Araquistain publicado en **Repertorio Americano**, y el libro de Menéndez Valdés sobre las prisiones de Cayena; sabe, además, los horrores del Imperialismo francés en la Indo-China. Toda esa iniquidad se la reserva. El 14 de julio hace una apología de Francia porque es "madre de libertad" (confieso haber cometido ese pecado, por ignorancia). Estamos viendo los pésimos resultados de la educación, pero nos falta valor para cambiar el estado de las cosas.

Lo que pasa aquí debe ocurrir en todos los estados burgueses. Refresquemos nuestra memoria. Cuando Romain Rolland se declaró como pacifista activo, sus compatriotas lo obligaron a salir de Francia. Se le llamaba "corruptor del patriotismo"; Zweig dice que hasta sus viejos amigos (amigos?) lo abandonaron por prudencia. Durante los dos últimos años de la Gran Guerra, Romain Rolland no encontró un periódico en donde publicar sus artículos ni ningún editor para sus libros. Suiza, el país que le había dado hospitalidad, consideró indeseable su presencia. Sin embargo, todas estas amarguras no han hecho más que enardecer el espíritu fuerte de este hombre. Primeramente Europa fué su preocupación. América vino luego, y hoy es el mundo entero el que debe despertar con la lectura de su llamamiento publicado en todas las revistas que están por la renovación política y económica del mundo.

Nos ha interesado vivamente "El buen patriotismo", artículo de Gerchunoff publicado en la **Vida Literaria** (Buenos Aires). Queremos comentar uno de los párrafos por juzgar que cabe aquí. En medio de aquella masa militarista del imperio alemán, había un individuo que resultaba extraño por sus ideas: Alberto Ballín. Fué él quien dió tal empuje a la navegación alemana, que en pocos años llegó a rivalizar con la inglesa. A su genio emprendedor debía Alemania la difusión fácil de sus industrias y las conquistas rápidas de su comercio. A este trabajador modesto e incansable no se le veía jamás en los palcos de la ópera, ni se dejaba retratar porque ello significaba salir en los periódicos ilustrados, ni permitió nunca que se le adornara con cruces de honor. Todo esto lo había convertido en un "ser despreciable" para sus conciudadanos. Colmó la medida el hecho de que Ballín rechazara, en repetidas ocasiones, el título de noble que le ofreciera el emperador. Cuando se le interrogó sobre el asunto, dijo: "He rehusado ese título porque no tengo tiempo para ser conde o barón: soy una persona muy ocupada". Esto aumentó la suma de sus antipatías.

Estalló la Gran Guerra. Ballín fué uno de los pocos alemanes que tuvieron el heroísmo de no alegrarse; muy al contrario: cayó en una tristeza profunda. Protestó ante los horrores cometidos en Bélgica; se opuso tenazmente a la guerra submarina. Abogaba por la paz. ¿Para qué más pecados? Alberto Ballín se hizo muy sospechoso y se le calificó de mal patriota (sic), de elemento temible. Mientras Von Tirpitz, Ludendorff y otros buenos hijos (?) del Imperio se enorgullecían de sus victorias, el "mal ciudadano" se volvía más melancólico y parecía querer sustraerse al espectáculo de aquella carnicería humana. Alemania perdió. Alberto Ballín, que había contribuido al engrandecimiento de su patria, flaqueó ante la catástrofe y se suicidó. Alemania ha cambiado, agrega Gerchunoff, y ya comienza a hacer justicia a sus verdaderos valores. ¡Lástima que esto no ocurriera antes de la tragedia de Ballín!

¿Le llegará a Francia el día venturoso de reparar la injusticia cometida con Romain Rolland, uno de sus más preclaros hombres? ¿Dejará ese país el nacionalismo absurdo que lo hace tan odioso?

Todo un hombre fué también David Herbert Lawrence, escritor, dibujante y

pintor. Luchó valientemente contra los prejuicios de su época; atacó con dureza a los responsables de las matanzas 1914-1918. Sabía que con esa actitud iba a convertirse en un mártir más, pero no le importó. Alto, desgarbado, con el pecho hundido por la tuberculosis (así leemos en una biografía), Lawrence tenía fuerza para decir lo que su espíritu rebelde le dictaba. Fué perseguido sin piedad. La policía inglesa destruyó la edición de su libro **Rainbow.** Trece de sus lienzos fueron arrancados de las paredes de las Galerías Warren de Londres, por ser "impropios para la exhibición en público", y se le confiscaron muchos álbumes que contenían reproducciones de las obras "pecaminosas". Todo por no estar de acuerdo con la barbarie.

Otro "acusado" de tiempo de la Gran Guerra fué el escritor Bertrand Russell. Era entonces profesor de la Universidad de Cambridge y se declaró como uno de los pacifistas más ardientes. El Gobierno juzgó necesario terminar de una vez con él, pues venía a ser un obstáculo en la gran labor de patriotismo en que estaban empeñadas las potencias. Dichosamente les faltó valor para matar, no al sabio, sino al noble, al hombre de sangre real. Bertrand Russell fué expulsado de la Universidad y del país. Años después, cuando el gran conflicto había pasado, Inglaterra y Cambridge quisieron enmendar la falta y llamaron al célebre polígrafo.

Parece que estas luchas constantes no hacen más que fortalecer a los perseguidos. A los ojos de los ignorantes y de los que se aprovechan de la injusticia para lograr sus ambiciones, Mac Dodes que pueden eclipsar a Romain Rolland y a Bertrand Russell. Pero, para lland y a Bertrand Russell. Pero, para los que saben todo lo que hay detrás de tantas conferencias, de tantos tratados, aquellos señorones no son más que instrumentos de la clase capitalista. Bruck los caricaturizó admirablemente en el **Daily Worker.**

En vano la prensa burguesa quiere dorar la píldora y reproduce discursos de los llamados grandes políticos, o panegíricos de los mismos.

Es dura la tarea de contrarrestar el poder del régimen capitalista. Muchas gentes están aún ciegas por el egoísmo o por la ignorancia; pero nuestra fe aumenta cuando vemos la clase de personas que ya no creen en la democracia: la Señora Sun-Yat-Sen, Máximo Gorki, Henri Barbusse, Alberto Einstein, Bernard Shaw, John Dos Pasos, etc. En los últimos días ha ocurrido algo que es digno de repetirse en estas líneas; el eminente educador John Dewey ha protestado por la ley que, en los Estados Unidos, expulsa del país a los comunistas extranjeros.

Lilia Ramos Valverde

Agosto de 1932.

De las BALADAS, LEYENDO A SHAKESPEARE

Hamlet

= *Envío del autor.* León de Nicaragua =

Pasa Hamlet: mi vida bajo la silenciosa
y gótica penumbra de la meditación,
con lengua de poetas, esquiva y desdeñosa,
repite de los ciervos huraños, la lección.

La lección de la noche benedictina, para
encender una estrella de símbolos perfectos,
y ver, con ojos limpios de tristeza, la clara
Alegría que tiene deslumbrados aspectos.

Y así tan deslumbrado, quedar, tan deslumbrado
que digan: Está loco, pobre Padre Pallais,
en su Brujas de Flandes, junto al canal, sentado,
viendo pasar las cosas, como quien no las ve.

Y empapado en nostalgias, olvidar la medida
de la ocasión que pasa con su baile oportuno;
y necesariamente para vivir la vida,
saber que sólo es Uno, saber que sólo es Uno.

Andan tan mal las cosas. Algo huele a podrido
en Dinamarca... Mucho, mucho más, ciertamente,
Dinamarca es el mundo, si tienes buen oído,
buen ojo y buena gracia d'hablar sencillamente,

sin retórica tonta de charla palabrera:
*Un buen amigo mío, bueno como Polonio,
me dió una puñalada;* llevan la delantera
el Lobo y la Madrastra, la Suegra y el Demonio.

Está muerta mi vida de tantas mordeduras.
Perros innumerables. Así juegan los nombres
y los verbos en bailes y vueltas de figura,
en estas mejicanas ciudades de los hombres.

En mi Brujas de Flandes, como si no viviera,
vivo, como vivía Hamlet, en Elsenor.
Adentro con mis puntos suspensivos; afuera
palabras y palabras de babor a estribor.

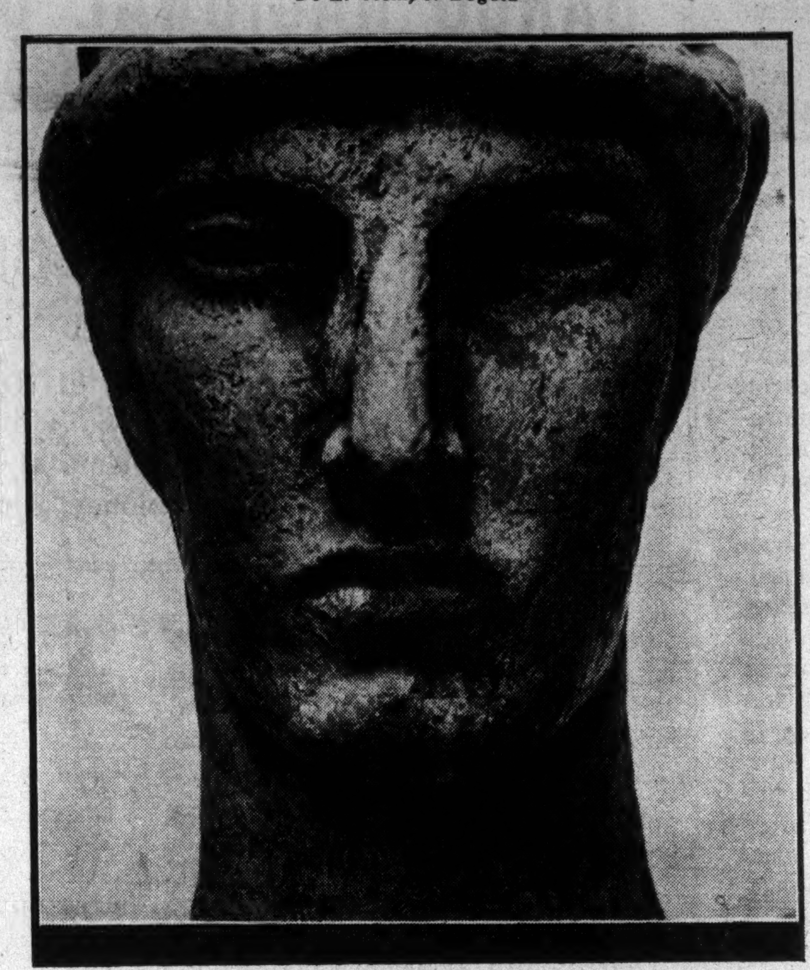
A. H. Pallais,
Pbro.

En Brujas de Flandes, a los
10 días del mes de julio... etc.

La Francia eterna, la dulce Francia, la Francia misteriosa

= De *El Tiempo*. Bogotá =

¿Es posible pintar en algunos trazos el carácter de un gran país? Sobre este particular, todo es falso, todo es verdadero. Madariaga define al inglés como hombre de acción, al español como hombre de pasión. Pero Lyautey y Lesseps, franceses, son hombres de acción; Pascal y Rimbaud, franceses, son hombres de pasión. Siegfried encomia al francés por ser individualista; Brownell lamenta su ausencia de individualismo. El francés, según el autor consultado, aparece como conservador o radical, frívolo o serio, avaro o generoso. El alemán y el ruso lo juzgan antimoderno; empero, la pintura y la música modernas nacieron en Francia. El inglés y el escandinavo le reprochan de no pensar en europeo; sin embargo, los únicos proyectos realistas de sociedad internacional fueron redactados por franceses. "El francés no da la vuelta al mundo", escribe Paul Morand, pero escribe mientras da la vuelta al mundo. Puedo describir bien tal francés, ¿pero cómo describir "al" francés?



La France Por *Bourdelle*

No obstante los pueblos existen. Transportado en avión, los ojos vendados, depositado en una aldea de Turena, de Gascuña, desde el primer vistazo nombraría: Francia; no Inglaterra, no Alemania. Por la lectura de un informe, adivinaría, creo yo, que su autor es francés. El presente ensayo lo escribo muy lejos de Francia, en una casa de Ismailia. Aquí, hace un siglo, se extendía un desierto; por mi ventana, distingo, muy cercanas, las dilatadas dunas de arena ardiente. Un francés vino; en línea recta horadó la soledad; la llenó de lagos y la cortó de los continentes. Luego, habiendo resucitado por una inyección de agua del Nilo estas tierras muertas, levantó en medio de la verdura fresca y abundante una pequeña ciudad de provincia francesa. En el jardín público, cruzado de alamedas que recuerdan Versalles, las madres francesas que hacen pasear sus niños. Sobre estas dunas, en donde antaño erraban a lomo de camello los beduinos nómadas, los ingenieros franceses "van a la oficina, consultan los anuarios, suputan los años de antigüedad, dicen orgullosamente: "Tengo 33 años de Canal", y esperan "las órdenes de París" que ellos critican, ejecutan y veneran. Pues un francés rehace por todas partes Francia, como un inglés Inglaterra.

"Tierra antigua, misteriosa", escribe Curtius, "y llena de una augusta madurez". Verdad es que las líneas esenciales de Francia están fijadas desde mucho más atrás que las de Alemania o de Italia. La unidad de la nación francesa, preparada desde los Capetos, se perfeccionó en tiempos de Luis XIV. La idea de un poder central, transmitida por Roma, ha sido consolidada por todos los regímenes.

La convención, matadora de reyes, hereda de sus víctimas esa necesidad de unidad, esa voluntad de mantener el territorio nacional. Bonaparte, espíritu romano, da a Francia un código, un gran maestro de la Universidad, y esa institución tan esencialmente abstracta y francesa: la escuela politécnica. Al mismo tiempo, mediante la legión de honor, reemplaza las jerarquías del antiguo régimen, que se hallaban moribundas. Ese gusto de orden y de unidad no es menos visible en los monumentos como en las instituciones. La monarquía había construído la plaza de los Vosgos, la plaza Vendome, el Palacio Real; el Imperio trazó la calle de Rívoli, concibe la Estrella y el Arco del Triunfo. París conviértese de 1660 a 1932 en la ciudad más inteligible del mundo.

Esta permanencia de las voluntades explica la paradoja aparente de un país tradicionalista que ha hecho más revoluciones que cualquier otro. El exceso mismo de la estabilidad, la falta de válvulas son causas de explosiones. En literatura y en arte, como en política, sucede que la juventud francesa, oprimida, casi siempre por la edad madura, se subleva. Pero después de cada revolución, el país se vuelve a encontrar. Inglaterra respeta sus tradiciones en las pequeñas cosas, en los gastos, en el ceremonial; Francia conserva sus ideas y sus pasiones. La revolución de 1789 dividió la Francia provincial en dos grandes partidos que, desde entonces, cambian de nombre sin cambiar de campo. En Inglaterra, una ola sentimental puede barrer las masas y arrojarlas de un partido al otro. En Francia, sólo las alianzas electorales transforman las mayorías. "París tiene sus familias como Florencia tuvo las suyas", escribe Daniel Halévy. Todavía París es relativamente móvil. En la campaña, los expertos pueden predecir con leves variantes de cifra el resultado de una votación. La política es una religión. "Que la tierra te sea ligera! Ella es siempre ligera para los buenos republicanos". Tal fué la oración fúnebre de un alcalde de aldea francesa.

En Francia, el radical es casi siempre un conservador, el jacobino siempre un patriota. En este país de pequeños propietarios, la tierra es lo que hay de más sagrado. Si he halla amenazada, todo el país se levanta. Si sus productos se venden mal, Francia murmura. Ningún pueblo hace más bravamente el sacrificio de la vida; ninguno está menos sometido a las leyes, a los reglamentos. Sin duda porque durante largo tiempo los impuestos fueron percibidos en nombre de un gobierno en el cual el pueblo no tenía parte alguna, la administración permanece siendo la enemiga. El elector pide ante todo a su diputado que lo defienda contra el Estado, que se le dispense de un pago, que lo salve de una sumaria, que le obtenga una prorrogación ilegal. De la suma de estas injusticias, nace, dicen los radicales Alain y Siegfried, una justicia coja aunque sólida. El señor Bergeret, pobre, incorruptible, erudito, escéptico, heroico, es la imagen del ciudadano erguido contra los poderes.

Toda nación posee una capital, pero en ninguna de entre ellas la capital es en la nación lo que París es para Francia. Alemania ostenta al lado de Berlín capitales literarias, musicales, políticas. Florencia, Milán, Nápoles pueden dar gloria a los artistas. La campaña inglesa abriga millares de gentileshombres cultos que desdeñan ir a Londres. Pero sobre un mapa de Francia, todos los caminos convergen hacia París. Para ir de Burdeos a Ruán, es más cómodo dirigirse, a despecho de la geometría, de Burdeos a París, y luego de París a Ruán. Los libros publicados fuera de París, no tienen lectores. Los grandes hombres de provincia vienen a hacerse consagrar a París. En desquite, casi todo grande hombre de París llega de provincia. "Es de ahí, escribe Curtius, que saca lo me-

(Pasa a la página 127)

¿La paz o la guerra?

= De *El Tiempo*. Bogotá =

Parece excesivo volver en esta página sobre el amenazante conflicto entre Bolivia y Paraguay después de las atinadas y francas observaciones de "Calibán" acerca de esa posible ruptura de la solidaridad hispanoamericana. Mas el punto es tan grave y la ruptura de las hostilidades puede acarrear males de tanta consecuencia, que no será excesivo cuanto se haga por sosegar los espíritus de las dos naciones en desacuerdo. Hasta ahora los esfuerzos de los neutrales en Washington y del A. B. C. en el Sur del Continente no han dado resultados apreciables, pero todavía quedan por probar algunos expedientes.

No sabemos con precisión la actitud que haya tomado la prensa en los países neutrales; pero si en todas estuviese hablando con la misma franqueza y desinterés que en Colombia, puede contribuir eficazmente al advenimiento de la concordia entre los dos países dominados hasta hoy por sentimientos belicosos. Entre las verdades que ha recogido la historia con relación a la desventura humana de 1914 a 1918 está consignada la de la odiosa responsabilidad de la gran prensa europea en el aborto de las negociaciones para evitar el conflicto. Ciertos órganos de la prensa en los grandes centros europeos en vez de apaciguar los ánimos como era su deber de humanidad y cultura, contribuyeron con la difusión indiscreta de telegramas y por medio de comentarios imprudentes a desencadenar la tormenta. Si la gran prensa europea y saxoamericana hubiese obrado de acuerdo en todas las naciones cuya opinión dirige, tal vez se hubiera frustrado el mayor de los crímenes colectivos que registra la historia. Confiemos los americanos en la prensa del Continente.

Hay además otros recursos. El derecho público de la América Latina ha proscrito la guerra internacional y sobre todo la guerra de conquista. En 1870, al terminar la guerra de los aliados contra el Paraguay, el gobierno de los Estados Unidos de Colombia notificó al del imperio del Brasil que no toleraría una desmembración del pueblo vencido. En esa nota se habló por primera vez del "derecho de los pueblos a disponer de sus propios destinos". Más tarde un benemérito presidente de la República Argentina quiso introducir en el derecho público de estos países el principio eminentemente cristiano y civilizador, según el cual "la victoria no crea derechos".

El principio invocado por Colombia en 1870 forma hoy parte del acervo de leyes que rige las relaciones internacionales no sólo en América sino en todo el orbe, porque los diplomáticos reunidos en Versalles en 1919 llevaban ese principio como norma de sus deliberaciones. A él se debe la fundación de nuevas entidades políticas y al hecho de no haberlo cumplido con lealtad el desasosiego de algunas comarcas en Europa y en Asia. En primero de julio de 1928 Bolivia y Paraguay pertenecían a la Sociedad de las Naciones; no pueden, por lo tanto, alegar que no reconocen aquel principio.

Ambos gobiernos deben conocer también la declaración del presidente argentino Sáenz Peña. Ella no tiene el valor de principio aceptado solemnemente, pero corresponde a un sentimiento general ibero americano. Chile dió ejemplo de lealtad a ese principio en la celebración del tratado con el Perú para ponerle fin a la diferencia nacida de la ocupación bélica de Tacna y Arica. Todas las controversias iberoamericanas sobre límites se han resuelto o por arbitramento entre las partes o por arreglos directos en conferencias de tono amigable.

Ahora, ocurre preguntar: ¿Qué persiguen el Paraguay y Bolivia en la guerra a que parecen abocados sus gobiernos? ¿Conquista de territorio? Si tal es su ánimo deben saber desde ahora que el sentimiento iberoamericano de Buenos Aires a México se opondría con espontánea unanimidad a la desmembración de cualquiera de los dos países, invocando nuestros mejores precedentes. Las naciones más cercanas al conflicto, Argentina entre ellas, invocando o sin invocar la declaración de Sáenz Peña, no podrían mirar con indiferencia una conquista territorial en las vecindades de su jurisdicción. ¿Se trata de imponer el pago de fuertes indemnizaciones pecuniarias al vencido? Fuera de que la sola enunciación de semejantes pretensiones en países casi arruinados frisa con los reinos de la quimera, basta volver la vista al estado de espíritu universal creado por las reparaciones impuestas a Alemania por el tratado de Versalles, para convencerse de que en la actual situación financiera del mundo obtener dinero para hacer la guerra y pensar en reponer los gastos hechos a los



Calleja de suburbio. La Paz, Bolivia

Por *Jenaro Ibáñez*

Bolivia y Paraguay quieren jugar a la guerra...

= De *El Tiempo*. Bogotá =

Parece inevitable la guerra entre Bolivia y el Paraguay. De La Paz llegan ya noticias en que se da cuenta de la toma de varios fortines, después de sangrientos combates. Miseria e iniquidad!

Nuestro distinguido amigo, el encargado de negocios de Bolivia, dirige a este diario una nota en la que declara que toda la razón está de parte de su patria. El Paraguay ha hecho multitud de publicaciones en que demuestra que toda la razón también está de su parte. Es lo que ha pasado siempre en los conflictos internacionales. Cada uno de los beligerantes se proclama a sí mismo poseedor único de la justicia y defensor de todo lo bueno, noble y elevado que hay sobre la tierra. ¿Ni quién va a ser tan tonto y tan sincero para confesar que hace una guerra injusta?

La guerra inevitable... pero hay guerras inevitables? ¿Hay acaso una sola cuestión de las que dividen a los hombres que justifique los horrores de un conflicto armado? ¡Ah, el honor nacional, la dignidad nacional! Cuántos millones de seres humanos, cuánta ruina, cuántos dolores han costado estas palabras vacuas y carentes de sentido! Los atributos de lo que se llama el honor nacional aplicados a un individuo, dice Renán, bastarían para condenarlo a prisión perpetua. El honor nacional suele ser la opresión de los débiles, el despojo, la rapiña, y como resumen, la guerra, o sea el asesinato colectivo, el desencadenamiento de todas las malas pasiones y la violación de todas las leyes divinas. El día en que la humanidad logre libertarse de la tiranía de las grandes palabras y las queme como a falsos dioses maléficos; el día en que no se arrojen los pueblos unos sobre otros, bajo la invocación del "honor nacional", que nadie sabría definir exac-

(*Pasa a la página siguiente*)

daños recibidos por medio de indemnizaciones forzosas es la más desventurada de las ilusiones. Y todavía si encuentran prestamistas serán ellos los que van a liquidar los gastos de la guerra no en forma de reparaciones que ha de pagar el vencido, sino en forma de concesiones arrancadas al vencedor. "Timeo Danaos". Una vez que la guerra se haya declarado y que el eco de las primeras batallas tenga resonancia mundial, si las repúblicas neutrales iberoamericanas no imponen la paz, habrá otro poder capaz de imponerla con su brazo y en su provecho.

¿Espera alguno de los dos países competidores en la influencia de ese poder intruso para poner fin a las hostilidades? ¿Es desinteresada de parte de sus gobiernos o de sus magnates esa sombría expectativa?

B. Sanín Cano

Bolivia y Paraguay quieren jugar...

(Viene de la página anterior)

tamente, se habrá realizado una revolución fundamental y establecido la paz entre los hombres de buena voluntad.

La guerra entre Bolivia y Paraguay, que no va a resolver nada que no fuera más fácil de conseguir por medio de negociaciones, es un crimen contra la solidaridad americana. No permitamos que en este continente se introduzca el morbo de los nacionalismos irritados que tiene a Europa al borde de la catástrofe; expulsemos para siempre la guerra del suelo americano. Este ha sido y tiene que ser un continente de paz y de fraternidad. El conflicto boliviano-paraguayo es un absurdo que las demás repúblicas de este hemisferio no deben tolerar.

Bolivia y el Paraguay quieren jugar a la guerra. Es insensato y criminal. Una guerra de verdad en esos dos países es imposible. A las fronteras del Chaco no puede movilizar ninguno de ellos un ejército capaz de provocar en una batalla campal la decisión de la campaña. El transporte y aprovisionamiento de un cuerpo de tropas de cierta importancia es una hazaña que está muy por encima de los recursos actuales de Bolivia y el Paraguay. En el Chaco no habrá sino una guerra de guerrillas, que costará la vida a unas cuantas docenas de soldados y agravará aún más la ya dificilísima situación fiscal y económica de aquellos pueblos, sin que por ello adelante un paso la solución del problema fronterizo.

Veo en los cables que las damas de Asunción quieren imitar a las matronas de Esparta y han ofrecido sus joyas al gobierno para equipar soldados. De la época en que las madres espartanas enviaban a sus hijos a la guerra, a hoy, han pasado veinticinco siglos, en que los hombres no hicieron otra cosa que batallar. Un inmenso océano de sangre y de lágrimas se ha vertido en mil guerras estériles e inicuas. Y todavía los hombres quieren seguir peleando. Y todavía las mujeres les excitan a la lucha.

Si en 1914 todas las mujeres de Europa se hubieran opuesto a la guerra, ese horrible crimen contra la humanidad no se hubiera consumado; pero no sólo no se opusieron sino que acompañaron a sus hijos, a sus esposos, a sus hermanos, a las estaciones, les cubrieron de flores y les prodigaron todas sus sonrisas. Si ellas hubieran reflexionado acerca de la miseria que esconde la gloriola militar; si supieran cómo esos gallardos muchachos llenos de vida, a quienes mandaban, bajo una lluvia de flores y besos a la batalla, se convertían poco tiempo después, en pobres seres, juguetes de fuerzas incontrolables, transidos de miedo y de frío, asfixiados por los gases, aplastados por la metralla, devorados por los ratones y por los insectos, enloquecidos, matando y muriendo, con la amarga convicción de un sacrificio inútil y absurdo... Si supieran todo eso, antes que dejarlos partir, se colocaran sobre los rieles para impedir la salida de los trenes cargados de carne de cañón. Y sin embargo, después de aquella experiencia terrible, aún hay mujeres que ofrecen sus joyas para estas empresas de muerte... A mí no me inspira ningún respeto el espectáculo de las madres que envían a sus hijos a la guerra, creyendo cumplir un deber sublime, cuando sólo cometen un acto de insensata crueldad. El lema de la Liga de las mujeres americanas contra la guerra: "I have not raised my son to be a soldier",—yo no he criado mi hijo para soldado—debería ser el de todas las madres del mundo. Los hombres no quieren desarmar. El desarme y la paz sólo pueden venir de las mujeres.

Un cronista de la guerra pasada cuenta cómo un regimiento que volvía del frente, diezmado, los soldados rabiosos, desalentados, con ansia de arrojar lejos de sí las armas, pasó por un pueblo, en donde una multitud de mujeres salió a su encuentro. Inmediatamente los soldados, se irguieron, adoptaron una actitud marcial, y aceptaron sonrientes y regocijados el homenaje del elemento femenino...

La influencia de la mujer sobre la vanidad masculina es infinita. Es tan grande que por ella los hombres serán capaces de no dejar piedra sobre piedra y arruinar esta civilización edificada a costa de tantos dolores.

La fanfarronada bélica del Paraguay y Bolivia va a terminar. No sólo porque las naciones de América en solemne declaración han manifestado su voluntad de no reonocer la solución de ninguna controversia territorial por medio de la fuerza, sino porque si toda guerra es insensata y criminal, la que estaban planeando los dos países del sur lo era más que ninguna. Traer a esta América el azote de los rencores nacionalistas y del odio entre pueblos que ha provocado en Europa catástrofes gigantescas; disputarse aquí, en estas inmensidades despobladas, con las armas en la maio, pedazos de tierras, que no serán nunca de humanidad, es algo tan torpe y absurdo que haría necesaria la camisa de fuerza para los gobiernos que tal intentaran. La guerra tiene todavía algo de gallardo, cierto "panache", cuando los bizarros batallones salen con banderas desplegadas a pelear; pero mandar bandadas de pobres indios de las punas bolivianas a morir de fiebre y de miseria a las ciénagas del Chaco es una triste hazaña.

La actitud de las naciones de América en esta emergencia salvará para lo porvenir la paz de América. La guerra internacional se ha colocado aquí fuera de la ley. Nos quedan las guerras civiles. Si considerando a este hemisferio como a un conjunto armónico con idénticos intereses e iguales aspiraciones se llegara un día a firmar entre todos los gobiernos constituídos popularmente y que tengan una estructura rígidamente constitucional, un pacto de mutua ayuda en el sentido de no tolerar en lo sucesivo levantamientos miiltares, revoluciones armadas ni conflictos sangrientos, la causa de la civilización y de la cultura y la bienaventuranza de estos pueblos quedara definitivamente consolidada y América fuera entonces sí la fecunda esperanza de la humanidad. Los pueblos decidirían de sus destinos por el ejercicio de su soberanía, libremente expresada en el sufragio. De esta manera, eliminada la apelación a la violencia, se realizarán dentro de la normalidad y sin conmociones, las transformaciones más audaces y las más avanzadas. América es no sólo una tierra virgen para el trabajo material, sino también para un experimento social de grande alcance, que partiendo de la repudiación de la guerra internacional, llegue a la implantación de la paz interna y de regímenes democráticos y civilizados en todos estos países.

Calibán

El Día de la Madre

= *Envío del autor.*—Reconstrucción de unas palabras dichas el día 15 de agosto desde la estación radiográfica T. I. T. R. =

El Congreso de la República ha creado "El Día de la Madre". Es interesante y es hasta consolador que los señores Diputados construyan, de vez en cuando, refugios de espiritualidad que los libren de la beocia ambiente que aquí todo lo aplebeya y vulgariza. Bien está que al lado del puente y del aforo alce la Cámara un sentimiento de solidaridad continental y pida a la barbarie entronizada—mulataje de incomprensión despótica—la vida y la libertad de Haya de la Torre; y bien está que frente al debate de la carretera o del artículo muerto de la ley, yerga su pensamiento y lo ennoblezca en el regazo de la madre, surco el más fecundo donde habrán de granar las espigas del futuro de la humanidad.

Si remontamos el curso de esta idea entenderemos mejor su propia esencia: fué el personal de la Escuela Nicolás Ulloa de Heredia el que se dirigió al Congreso con esta iniciativa. La Escuela—madre por antonomasia, madre por su inconfundible sexo espiritual—anhela que un día del año—el 15 de agosto lo será de hoy más—se dedique, por entero, a la veneración y al recuerdo de la madre.

Me rindo cuenta cabal de las censuras y de los comentarios escépticos que a esta idea se hacen o pueden hacerse: esto es bambolla, espejismo, superficialidad, se dirá, una cita más de calendario, un nuevo pretexto de verbalismos y de banalidad.

Pues bien, eso no es así. Claro está que el simple homenaje que hoy se inicia no viene a resolver ninguno de los graves y abstrusos problemas que traen conturbado al mundo, en relación con la madre pobre y desvalida de seno enjuto y de vientre anémico y por ello, más fecundo; cierto que la de esta celebración será música que pasará incomprendida o que llegará amargada a las inclusas y a los hogares entristecidos y hambreados; pero cierto es también que el modestísimo simbolismo de esta remembranza en nada podrá paralizar los generosos empeños constructivos de los que ansían—de los que ansiamos!—alzar desde los cimientos el nuevo edificio social con un solo trono de majestad: el de la madre. Pretender expresar en unas frases, dichas al correr de una improvisación, lo que sugiere el tema de la madre, sería tan infantil como intentar que una máquina de fotografía, de las de más pequeño tamaño, pudiera reproducir las líneas y las perspectivas de uno de esos paisajes grandiosos que se dominan desde nuestras más altas cimas: ese tema es cantera milenaria de donde sacarán los más sublimes mármoles para sus más nobles creaciones todos los hombres en el decurso de su historia. Voy a decir, sin embargo, a riesgo de contrariar un sentimiento dominante, lo que yo creo que esencial y potencialmente significa la madre y lo que juzgo que debe exaltarse cuando hacia ella se alza el espíritu. A nadie vamos a enseñarle a amar a su madre ni en el 15 de agosto ni en ninguna fecha del año: el amor, como sentimiento, ni se inculca ni se enseña; pero es más: ninguna madre busca ni necesita, para vigorizar el suyo, el amor de su hijo: es el único en la vida que no pide reciprocidad. El amor de la madre se nutre por sí mismo, y si algún riego necesitara, allí está la sangre de su sacrificio, en gotear perenne, que le presta el frescor de un rocío.

Lo que cada uno ve en su madre—lo que yo ví en la mía—es eso: el sacrificio de todas las horas, la resignación sin quejas, la inmolación constante, el desinterés más cristalino, el altruismo impar: es el bello talle que se deforma en las amplias caderas donde gesta el fruto de su amor: son las fiestas que para ella concluyeron y que ya sólo las encontrará en las sonrisas y en los gorjeos de su niño; es la noche en vela atisbando la fatigosa respiración del hijo enfermo; es el retorno a su quizá lejana infancia curvándose para andar como su rorró en cuatro pies y riendo de cada una de sus travesuras; es el regreso al silabeo y al dos y uno tres para ayudarle en sus labores de la escuela; es la grave filosofía mínima de ir iniciando al hijo en los misterios y las dificultades de la vida frente a la duda o al error de todos los momentos; y es, tantas, tantas veces, Dios mío! la amargura y la pena horribles de que el pedazo de sus entrañas, que ella amasó con besos y con lágrimas, tomó uno de esos tortuosos senderos que desembocan en el delito, en el pecado o en el dolor. Por algo decía el dulce Gutiérrez Nájera que la madre es un reflejo de Dios sobre la tierra.

Recordáis la leyenda aquella del pelícano que cuando no tiene alimento para sus polluelos se abre las entrañas y los nutre con ellas? Sobre las tormentosas aguas del vivir, la madre es un pelícano celeste que se vive desgarrando las entrañas de su espíritu para tejer con sus hilos impalpables el escudo que nos proteja de las diarias inclemencias. Pero su verdadero mérito, su laurel inmarchitable está en que ella no pide ni espera recompensa: la voz de su amor no tiene eco, la flecha de su bondad sublime sale de su carcaj inagotable y no vuelve; por donde la fiesta a la madre viene a ser una fiesta para el hijo, pues, que en aquélla vive éste como en la flor el fruto.

Nunca podré olvidar una poesía leída hace ya largos años: el águila tenía su nido, y en él tres aguiluchos, en un alto picacho escarpado, en un acantilado de la costa, lejos del alcance de las aguas. Pero un día llenóse de cólera el mar y sus espumas iban acercándose al nido. Entonces el águila vino desde larga distancia, a recios golpes de ala, y salvó, uno por uno, a sus hijos, a quienes llevó a un pico más alto hasta donde el mar no podía escupir la furia de sus olas.

Ya en salvo, uno de los aguiluchos, para expresar a su madre, su gratitud, le dijo que cuando pasaran muchos años, y ella estuviera en su nido, vieja e incapacitada para el vuelo, él iría a sarvarla en el momento en que las ondas la amenazaran, pagándole así su deuda. Los otros dos aguiluchos asintieron con acentos de honda gratitud. El águila volvió, entonces, hacia ellos sus duros ojos de azabache: No, les dijo, cuando vieja e incapacitada para el vuelo lleguen hasta mi nido de decrepitud las aguas, no habrá quién me salve. No es que entonces no sintáis afecto por vuestra madre ni que hayáis olvidado la hazaña de hoy; es que cuando eso suceda, cada uno de vosotros tendrá un nido y en él unos polluelos; y al rugir la tempestad amenazante, no tendréis tiempo de pensar en mí sino en ellos, así como hoy yo no he pensado en ella sino en vosotros.

Recordáis la balada aquella de Bartrina, el poeta sabio, de quien se dice que se mató a los treinta años porque la vida ya nada tenía que enseñarle? "Es la novia que desdeña al galán. El no sabe cómo cautivarla y ella, en el intento de romper definitivamente, le impone una condición que cree que él no podrá cumplir: Si me amas, le dice, me traerás el corazón de tu madre. El, enloquecido, vuela a casa de su madre; la encuentra dormida y, abriéndole el pecho, le arranca el corazón y con él en las manos, palpitante, regresa donde su novia; pero, en la precipitación de la carrera, pierde pie y cae. Entonces el corazón de la madre, sin un reproche, con la más honda ternura de su voz, sólo acierta a decir: Te has hecho daño, hijo mío?..."

Felices vosotros los que todavía podéis miraros en los ojos de vuestras madres—únicos oasis en este desierto de calcinantes inquietudes—y signar con sus manos la cruz de vuestros arrepentimientos. Yo voy, en tanto, con mi corazón en un recuerdo, hacia una tumba lejana donde duerme la santa mujer que me hizo bueno por la bondad de sacrificio con que dió forma a la arcilla de mi espíritu.

J. Albertazzi Avendaño

San José, Costa Rica, 1932.

Estampas

Con "El Comercio" de Lima

En el Perú hay unos mercaderes...

= *Colaboración directa* =

En el Perú hay unos mercaderes que usufructúan desde hace años un periódico. Tienen ya a su haber el decanato, que es portar el más grande título que da la rutina continuada. Han dicho esos mercaderes que la prisión y enjuiciamiento de Haya de la Torre es una cuestión vedada a la intervención de los espíritus libres del mundo. Quieren matar la protesta que empieza a crecer contra la barbarie peruana. Es decir, quieren perpetuar esa barbarie. Los mercaderes del periódico saben que cerrando el país a la censura de afuera, todos los crímenes de la barbarie adueñada del mando quedarán en la tiniebla completa. Para convertir al Perú en un oprobio de América dicen los mercaderes que el mundo no puede asomarse y censurar los crímenes de la barbarie. Curioso razonar el de esas personillas. Pero no es más que la manifestación de instintos que siguen la obra envilecida del despotismo y viven de ella.

La América nuestra debe pensar en lo que acaban de decir los mercaderes que usufructúan "El Comercio" de Lima. No es decoroso dejar pasar sin la persecución condenatoria el parecer de quienes están ayudando a que la barbarie suelte sus medios de destrucción y arrase con el honor y la dignidad del Perú. Afirmar que no pueden los espíritus libres del mundo abogar por la vida de Haya de la Torre es sentar el parecer cavernario de que el Perú no tiene conexión ninguna con la civilización. Es considerar que el Perú vive amurallado. En suma, es sentar un principio funesto para la libertad del mundo. Y como en esa libertad está comprendida la de la América nuestra, no podemos guardar silencio ante la osadía de los mercaderes del periódico peruano. Callar es dejar sin persecución condenatoria una cosa grave y peligrosa.

No es cuestión reservada únicamente a los procedimientos de la barbarie peruana la prisión y enjuiciamiento de Haya de la Torre. Como no está tampoco reservado a la barbarie venezolana el exterminio sin censura de tanta vida noble. El crimen está expuesto al castigo. Y si hay gentes que se conmueven de los actos bárbaros, tienen que salir a protestar y a pedir que no se cometan. Lo que hasta ahora ha hecho el hombre de honor es pedir a la barbarie que no acabe con la vida de Haya de la Torre. Es sencillamente pedir clemencia para el preso que va a ser asesinado. Es ofrecer asilo en suelo generoso al perseguido de prestigios. Es casi suplicar a la barbarie un perdón. Sin embargo, la barbarie por medio de unos mercaderes de periódico desafía y niega autoridad a los que suplican. No concibe que haya la preocupación por una vida grande que ha adquirido relieve continental. Y como no lo concibe vocea su principio de aislamiento. Pero contra él hay que clamar. Afirmar que sí tiene el mundo y en especial la América nuestra, intervención en las cuestiones del Perú. Si ahora dejamos que prive el parecer de los mercaderes de periódico, pronto sentiremos que se generaliza y se vuelve norma y hasta será incluído en cualquier codificación de derecho internacional de las que a menudo inician los rábulas de copete.

Tal vez paralela a la petición de los moderados debía iniciarse la exigencia de los no moderados. Clamar por la libertad de Haya de la Torre, pero sin dirigir peticiones a la barbarie. Decir al mundo lo que esa barbarie está haciendo, pero sin ocupar ni el cable ni el radio, ni el correo aéreo para el mensaje a la barbarie. Sólo así se lograría enseñar a los mercaderes de periódico que una nación no puede vivir en el aislamiento cuando comete crímenes. Sólo así se haría a la barbarie morder el freno mular. Porque mientras no sienta la condenatoria severa hará burla de las súplicas, las aplastará con su pezuña. Engañará como está engañando por falta de respeto, por falta de cultura, por falta de inteligencia. La barbarie es puro instinto y todos sus actos los dirige en dirección de la tiniebla. La vemos negando que Haya de la Torre se encuentre en peligro de ser fusilado, y quienes ven el drama de cerca se apresuran a informar que está condenado a morir. No le importa a la barbarie engañar. ¿Qué es para ella el engaño? Una viveza. Engaña para seguir el camino de destrucción. Es decir, no tiene respeto.

Y si es engañosa y sin respeto no puede nadie que sienta amparada su vida por principios de dignidad y de decoro, transigir con esa manera suplicante de tratarla. Precisa señalar los crímenes de la barbarie peruana, porque si no hay palabra severa contra ellos, pronto la nación peruana se convertirá en un oprobio grande de la América nuestra. Cambiar de táctica y denunciar con valor lo que están cometiendo unos hombres salvajes coreados por unos mercaderes de periódico. No podemos enviar súplicas al sable desenvainado para hacer retroceder un siglo la civilización de un pueblo. Tenemos que presentar la lucha en un plano de severidad fuerte. Porque es lucha contra un sistema anacrónico que ha logrado atraer a su torbellino infernal los poderes de destrucción que en todo pueblo ambulan como cosa mostrenca. No hay allí nada noble. Todo es apetitos, ponzoña, veneno.

No debemos olvidarnos del plano de inferioridad que ocupa la barbarie peruana. Considerándola muerta para toda obra creadora, entenderemos que no vale ante ella la actitud suplicante que ha asumido el que pide clemencia para Haya de la Torre. Pensando en que lo que se levanta para dar la voz de mando es el sable, no damos al parecer de los mercaderes de periódico el trato que permita una difusión funesta. Atacamos ese parecer con fuerza y lo matamos. Porque de lo contrario cobrará forma en el cerebro de tanto miserable que puebla la América nuestra. Y si dejamos que sea el aislamiento para cometer el crimen principio de las naciones, nos veremos privados de todo medio de lucha eficaz. Tenemos que sostener la relación íntima entre los pueblos de la América. Aislamiento por ningún lado. Mientras no tengamos derecho para asomarnos a decir a las barbaries que tanto se repiten en los gobiernos de estos pueblos que son censuradas y que se las persigue por sus crímenes, mientras ese derecho nos sea negado, estamos en la más desgraciada de las subordinaciones. Y no es ese el camino grande. Si hay crímenes en Venezuela, contra la barbarie que en Venezuela manda debemos clamar. No tiene el crimen una jurisdicción aldeana. Está sujeto a la condenación universal. Y si son crímenes cometidos en la América nuestra, mayor es nuestro deber a la censura. Aquí las barbaries son feroces y no toleran nada que en alguna forma las estorbe, las ponga en peligro. Aparecen imperiosas y en cuanto destaca la inteligencia que no se abate, porque nació con menesteres de vigilancia, la persiguen y la matan. Lo primordial para la barbarie es que no haya quien censure, quien haga pensar a un pueblo. El mando debe hacerse sin estorbos, para que así se den las tierras, se den las aguas, se den las rutas aéreas, se dé la electricidad a la explotación del amo sin entrañas. Y con la entrega llega para la barbarie el negocio grande, el negocio que deja acaudalado el patrimonio propio. Por esto nadie debe censurar en los pueblos víctimas del sable, que es la forma más baja de la barbarie.

Comprendemos por qué es funesto el parecer de los mercaderes de periódico peruanos. Si se niega al mundo derecho para intervenir en las cosas que se hacen en un régimen de violencia, la barbarie se perpetuará. Y perpetuada allí, servirá de estímulo para que las otras barbaries hagan lo mismo, para que despierten al asalto de los gobiernos y se adueñen del mando. No dejemos pasar sin la condenatoria severa el parecer de esos mercaderes de periódico. Afirmemos el principio de la relación más íntima entre los intereses de estos pueblos. Digamos que todos debemos mirarnos y remirarnos y lo que encontremos deni-

grante y contrario a todo decoro y honor, debemos combatirlo. No aislarnos, no permitir que se aisle ninguno de estos pueblos. Mirarnos y remirarnos para encontrarnos el mal, porque ese m- no está aislado y nos invade a todos. Saber que no estamos sin relación, que si nos dañan en una parte debemos acudir y atacar. Lo que hagamos por luchar contra pareceres desgraciados de individuos que corean miserias para seguir en el usufructo de bienes carnosos, será obra fecunda para la libertad de la América nuestra.

Juan del Camino

Costa Rica y agosto de 1932.

El caso de Chile

= *Envío del autor* =

Montevideo, julio, 1932.

Señor don Diego Molina Letelier,
Encargado de Negocios de Chile.

Mi estimado amigo:

En el instante en que se produce el reconocimiento, por parte de nuestro gobierno, del nuevo gobierno de Chile, parece despejarse, por ese lado del horizonte trasandino, las sombras que tornan de más en más angustiosa la perspectiva general de América.

El caso de Chile,—enfrentada su procelosa actualidad,—a la luz de los antecedentes históricos y las características propias, **sui-géneris**, del fenómeno político, económico y social que la explica, es bien digna de toda la atención de quienes estudian el fondo sombrío de la crisis presente de América y del mundo.

Los últimos acontecimientos que parecieron precipitar en el caos al noble país hermano, traíanme a menudo el recuerdo de las pláticas, siempre sugerentes y a las veces apasionantes, que mantuviera en París con tantos chilenos representativos, amigos míos que son legión, y que destacan allá, en la "Ciudad acústica", a una de las más brillantes colonias de nuestro continente. Vuelto a mi tierra, y en medio a la zozobra de los últimos sucesos políticos, se reeditaron esas mismas charlas, pero entonces con Ud. y en repetidos y fraternales "te a tete", mi amigo Molina, que con tanta dignidad representa en mi patria los intereses diplomáticos de Chile. Reducido aquí el número de los interlocutores, nunca hubo de restringirse,—sin embargo y aún mismo frente a los vaticinios de siniestra agorería de cierta prensa, nuestra fe profunda en los destinos de Chile.

No resultaba extraña, ciertamente, la sorpresa de los que contemplaban a ese país, que durante todo el lapso, tan largo como sangriento de la organización social de casi todas las naciones del Nuevo Mundo, había podido conservar un sentido del equilibrio y la mesura, que parecía ser un atributo orgánico, una verdadera resultante constitucional.

¿Es que es un sino ineludible de cada uno de estos países una vez lanzados a la propia vida organizada, el de pagar tarde o temprano, su trágico tributo a la anarquía? ¿Es que la confusión y la sangre constituyen, como lo constata el comentarista de la obra violenta de Georges Sorel,—el sombrío cimiento de la ciudad venidera?

—

Efectivamente; la historia de Chile hasta hace dos lustros, y comprendida en su amplio conjunto panorámico, si destaca inquietudes, ellas son "más bien fisiológicas que morales": secuela natural de estos pueblos demasiado niños advenidos de pronto a un mundo demasiado viejo. Por lo menos se podía afirmar, ante los hechos, que su historia no era la historia del **despotismo, la dilapidación y la guerra** como tantas otras, sino, por el contrario, el de una dirección conciente, aunque a las veces vacilante, dentro de una unidad reiterada por la experiencia y un fuerte sentido de la nacionalidad.

Así lo convinieron siempre quienes enfocaron desde el viejo mundo, con un amplio sentido crítico, el caso chileno. Menéndez y Pelayo lo señalaba como a la solemne excepción, entre el tumulto y la agitación estéril de las demás naciones. No le atribuye, es cierto, excepcionales condiciones de brillo hasta el momento en que Andrés Bello traslada allí su cátedra ilustre, pero proclama su ventaja sobre todos "en lo firme de su voluntad, en el sentido grave y maduro de la vida, en el culto de la ley; en el constante anhelo de perfección y en la virtud del respeto".

La reforma constitucional sancionada bajo el gobierno de don Federico Errázuris Zañartu fué citada en el Parlamento inglés con los más calurosos elogios, y en ocasión del conflicto entre los Lores y la Cámara de los Comunes, como "un monumento de sabiduría política".

En el orden internacional, asombra el alto sentido de su diplomacia, dentro de la sociedad internacional americana, que D. Alejandro Alvarez estudia en un volumen nutrido de información y maduras observaciones, atribuyéndole a ese esfuerzo de su acción exterior, el desarrollo de un civismo característico que ha singularizado siempre a los ciudadanos y a la Nación.

—

Mi ilustrado amigo Leonardo Pena, quien escribiera por encargo del Centro "France-Amérique" de París, una Historia de Chile, ha completado su labor con una magnífica síntesis de la evolución política, social y económica de su país.

"Chile atraviesa la edad ingrata", decía el autor, hace apenas un lustro. Frente al panorama de su evolución social, anotaba el fermento de las ideas nuevas y el espectáculo de una evolución insospechada y a veces desconcertante. No sospechaba entonces que fuera por los despeñaderos de la violencia que lograría asimilar los ritmos de la existencia moderna, ya que como se adelanta a constatarlo: "Chile ha cambiado más en los últimos veinte años que en todo el resto de su vida independiente".

Pero la violencia no parece sino haber sustituído en el mundo a un orden que se hubiera dicho providencial, sobre el que se asentaba el equilibrio de los pueblos y los gobiernos. Y Chile no pudo constituir una excepción. Y hélo aquí empeñado en un recio "golpe de timón". Ardua la tentativa; audaz la empresa. Ya situado en el terreno de los tanteos y las nuevas experiencias, nadie que no sea un ciego negador de la historia y la realidad de las transformaciones sociales, podrá sorprenderse del ineludible error, la posible exageración o los ensayos frustráneos.

La única evidencia que la realidad social ha destacado en Chile, es que las tímidas iniciativas no han podido, no lo conseguirán jamás, extirpar un terrible defecto originario.

—

Después de la transformación del famoso "inquilino", verdadero mujik de las estepas rusas; desaparecida la vieja aristocracia autócrata, dueña del gobierno y la riqueza (quinientas familias eran dueñas de los tres cuartos del territorio); luego de la desnaturalización de la mentalidad popular chilena, después de la anexión de Tarapacá y Antofagasta, que hizo del "roto" un obrero que hacía la huelga y se sindicaba y leía a Karl Marx; en presencia de esas formidables trasmutaciones, la violencia debió fatalmente abrirse paso en aquel pueblo hasta entonces anquilosado por el alcohol, la pereza, el analfabetismo y la servidumbre.

Las tímidas tentativas obreristas de Alessandri, por ejemplo, su "Código de Trabajo", y otras iniciativas de carácter social y económico, ya no bastaban. Se adormecía así con estupefacientes de demagogía declamatoria al grave paciente, pero el mal se magnificaba en la entraña, complicado de rémoras económicas, parlamentarismo desenfrenado, ejércitos a la alemana, etc., etc.

De todo esto se induce que todo aquel milagroso equilibrio de Chile, provenía de un orden artificial. Se carecía aún de una verdadera clase media. Se trataba, pues, de un caso curioso de patología social: un feudalismo organizado y enclavado en un régimen constitucional que no era ciertamente una consecuencia, sino un contraste.

Más tarde la clase media, y ahora las agrupaciones obreras, reclaman su derecho efectivo a intervenir en el gobierno del país.

—

Eso del rótulo de los nuevos regímenes políticos no entraña sino una importancia convencional. Se habla de "república socialista". Comprobado el fracaso del socialismo científico, en su acepción neta, para gobernar y administrar, hoy

llevan la etiqueta socialista acoplada a cualquier otra, más o menos marxista esencialmente, numerosos partidos de ambos mundos, que han andado su camino para adelante o para atrás, no por la culpa o el beneficio de las denominaciones inscritas en sus carteles electorales.

Chile, acaso como ninguno de los países de América, ha tentado el ensayo de los diferentes regímenes políticos. Del presidencialismo enraizado vigorosamente en el principio de autoridad de la constitución de 1833, bajo la advoción de Joaquín Prieto y Mariano Egaña, código ese elucubrado por fuertes sociólogos y estadistas, se pasó al régimen parlamentario. Evolución gradual, primeramente por la vía del equilibrio de los poderes de acuerdo con el plan de la coalición liberal-conservadora. Del régimen representativo se va, después de Balmaceda, hacia el parlamentarismo absoluto, y luego de éste que se consideró el "más bárbaro de los sistemas" que conociera la existencia política de la nación, de nuevo hacia el régimen representativo presidencial.

Los hombres que propician ahora un régimen distinto han pensado inaugurar ante todo un nuevo orden económico. El nuevo orden económico,—llámese como quiera llamársele,—hoy se abre paso en Chile con urgencia, acaso con impaciencia, y esto parece sorprender la ingenuidad, o mejor aún, la incapacidad de aquellos políticos vecinos o periodistas de cualquiera de los países del continente que ignoran o fingen ignorar que el nuevo orden económico se les meterá por la ventana, mañana o pasado, rompiendo todos los vidrios, si no le abren oportunamente la puerta de las fundamentales reformas al régimen capitalista, cuyos estímulos nos llegan, en actitudes perentorias, de un mundo que aunque viejo, se resiste a morir...

Lo felicita, y saluda con toda cordialidad su amigo y SS.

José G. Antuña

Indoamérica y su juventud

= *Envío del autor.*—Manizales, Colombia =

En el número 1, tomo XXV de **Repertorio Americano** de 9 de julio último, que acaba de llegar a nuestro poder, Juan del Camino, que es un brillante espíritu americanista, un abanderado de la justicia y un apóstol de los intereses indoamericanos, escribe un artículo saturado de ideas y de sinceridad a propósito de la prisión de Víctor Raúl Haya de la Torre.

La lectura de aquella "Estampa" nos mueve ahora a hilvanar algunas modestas reflexiones sobre el presente y el porvenir de la libertad espiritual de nuestra América, destinadas a ver la luz en esa alta y nobilísima tribuna del pensamiento americano que es **Repertorio.** Las repúblicas situadas a este lado del Río Grande sintieron la impresión dolorosa de una noticia que recorrió apresuradamente todas las distancias: Haya de la Torre será fusilado por orden de Sánchez Cerro.

No hay, no puede haber espíritu selecto en la América que desconozca la obra admirable y asombrosa de Haya de la Torre, el afán apostólico que lo animó a lo largo de todas sus travesías y su inquietante delirio por llevar a su patria la necesaria y anhelada libertad de espíritu, difundiéndola al propio tiempo por todo el continente. Raúl Haya de la Torre tiene, por derecho propio, conquistado un puesto de avanzada entre las juventudes indoamericanas y un sitio de preferencia en todos los corazones libres.

En Colombia la noticia provocó instantáneamente una reacción, que pudo ser momentánea pero fué sincera y que sin duda alguna no tuvo toda la dilatación nacional que era de esperarse, debido a esas reglas estiradas e inflexibles que nuestros gobiernos tienen protocolizadas en sus cancillerías. Sin embargo, en la sesión del 26 de julio el senado de la república aprobó por unanimidad la siguiente proposición: "El senado de Colombia interpreta el sentimiento democrático de la república al manifestar su anhelo porque sean respetadas la vida y libertad de Raúl Haya de la Torre, ciudadano del Perú, que ha preconizado el imperio de postulados políticos que sustentan la soberanía espiritual y administrativa de la América Latina. Trascríbase al congreso y al gobierno del Perú y publíquese en carteles".

En la sesión del mismo día la Cámara de Representantes aprobó, igualmente por unanimidad, la siguiente moción: "La cámara de representantes hace votos porque se respeten la vida y la libertad del ilustre intelectual suramericano, Raúl Haya de la Torre. Trascríbase al congreso peruano y al gobierno de la república del Perú".

Y a la hora en que aquello ocurría, un numeroso grupo de intelectuales de todos los matices políticos, se acercaba a la embajada peruana en Bogotá, solicitando la intervención favorable del diplomático Enrique Carrillo en el caso de Haya de la Torre.

Otro grupo, aún más numeroso, se dirigió cablegráficamente a Sánchez Cerro reclamando urgentemente la libertad del apóstol americano.

El Club Rotario, varias asambleas seccionales de estudiantes, las directivas estudiantiles de la capital y hombres del linaje intelectual de Baldomero Sanín Cano, apresuraron sus peticiones ante Sánchez Cerro pidiendo seguridades para la vida y libertad de Haya de la Torre.

Al mismo tiempo, varios periódicos cablegrafiaron en igual sentido al gobierno y al congreso de la república hermana y la prensa toda de Colombia se ocupó emocionadamente de la notcia, publicando entre otros, los mensajes sentidos de Waldo Frank y Romain Rolland dirigidos al Perú y que respectivamente rezan así: "En nombre de los intelectuales de América y como amigo de esa república, pido con urgencia la libertad de Haya de la Torre". "Haya de la Torre es honra del pensamiento ibérico. Os pido respetar su persona".

Pero esto, las peticiones reiteradas de **Repertorio,** lo mucho que indudablemente habrán hecho en favor de Haya de la Torre los otros países americanos, los estudiantes de nuestro continente y la intelectualidad indoamericana, no ha tenido respuesta alguna y la posibilidad de un desenlace fatal para la vida de Haya de la Torre sigue pesando sobre el corazón de los hombres libres de nuestro continente como una vena rota de peligro inmediato.

¿Por qué el gobierno que preside Sánchez Cerro no permite trasmitir noticias a propósito de Haya de la Torre? Esta es una angustiada pregunta que América se hace cotidianamente y que obtiene por única respuesta el eco dilatado de un silencio culpable.

¿Qué ocurre y que ocurrirá a la juventud libre y empujosa de nuestra América? ¿Perdió ella la vitalidad asombrosa legada por nuestros libertadores?

"The Herald Tribune" de New York acaba de publicar una carta que logró escapar a la rigurosa censura portuaria de Venezuela, en la cual se relata la manera bárbara como el general Juan Pablo Peñalosa fué encerrado en una prisión de Puerto Cabello, cómo fué tratado allí salvajemente por orden del "benemérito" general Juan Vicente Gómez y, finalmente, cómo el 17 de junio último murió en el inmundo calabozo de aquel puerto que es un baldón en la historia americana.

En los propios momentos en que la prensa de Colombia hace eco a esta noticia, los periódicos de la capital dan cuenta de cómo debido a las gestiones del diplomático peruano en Bogotá, Enrique Carrillo, se adelanta una información sumaria a fin de averiguar si los apristas Pedro E. Muñiz y Carlos Showing, residentes en Bogotá y evadidos del Perú, deben ser expulsados del territorio colombiano.

¿Y qué se sabe de la suerte que corre en Cuba Juan Marinello?

¿Y qué de José Rafael Pocaterra y de tantos otros, apóstoles y mártires de la liberación espiritual de este suelo americano?

El caso de Haya de la Torre, de Marinello, de todos los otros, no está necesariamente plegado al suelo de su patria; ellos son ciudadanos del continente que preconizaron en todos los tonos y en todos los momentos la necesidad de una independencia espiritual y económica, la creación de una cultura autóctona, que defendieron con altivez y agresivamente un noble ideal de nacionalismo americano y que proclamaron la urgencia de deshacernos de esa infame cultura del jazz, de la yanquización de nuestro idioma, del imperialismo de la

Casa Blanca, que empieza en el almanaque de propaganda comercial y termina en la aguja hipodérmica. ¡El imperialismo de la Casa Blanca, la intervención del Tío Sam!

¡He ahí el más notable peligro de nuestra América! ¿Cuáles son las razones íntimas del actual conflicto entre Paragual y Bolivia? El deseo judío de acaparar para los yanquis las zonas petroleras del Gran Chaco. ¿Y la doctrina Monroe? El más poderoso instrumento de violencia conquistadora de que se valen las vastas organizaciones comerciales, cuyos únicos títulos de moral son las famosas tres letras: U. S. A.

La juventud de América india tiene severas e indeclinables obligaciones continentales y por el hilo invisible de igual destino pasa veloz el mensaje angustiado de una llamada a la unión.

¿Dónde está, se pregunta dolientemente el espíritu libre, ese empuje vital, arrollador, invencible de la juventud indoamericana que hace apenas dos años derribó aceleradamente nueve poderes, sin necesitar sangre y sin solicitar bayonetas?

Donde quiera que esté es preciso resucitarlo. Nosotros invitamos a la juventud indoamericana a verificar esta resurrección!

Rafael Mejía Rivera

Bibliografía titular

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y de las Casas editoras.)

Cortesía de los autores:

Antonio Rubén Ferrari: ***Pinceladas.*** (Cuento de mi ciudad.) Carátula de P. Jorge Pucci. Edición de NOSOTROS, Buenos Aires, 1932.

Ismael de Turbula: ***La República vendida.*** (Siembra Roja.) Buenos Aires, 1932.

Manuel Moreno Sánchez: ***Notas desde Abraham Angel.*** Ediciones de BARANDAL. 1932.
Con el autor: Pino Suárez, 82. Atzcapotzaleo, D. F. México

Cristóbal Benítez: ***El peligro ruso y la América Latina.*** Editorial ELITE, Caracas, 1932.
Con el autor: Ciramichote a Rosario, 54. Caracas. Venezuela.

Jesús Sansón Flores: ***Clarinadas...*** Poemas revolucionarios. Morelia, Michoacan, México.
Con el autor: Comisión Local Agraria. Palacio de Gobierno. Morelia, Mich., México.

René Tirado Fuentes: ***Umbral.***
Con el autor: Secretaría de Relaciones Exteriores. México, D. F. México.

Ricardo Urbaneja: ***Bolívar, su grandeza en la adversidad.*** Caracas, 1930.

De la Editorial APOLO, Barcelona:

Stefan Zweig: ***La curación por el Espíritu.*** Francisco Antonio Mesmer. Mary Baker. Eddy Sigmund Freud. Versión directa del aleman por Francisco Payarols. Barcelona, 1932.

Con el título ***La curación por el Espíritu,*** nos ofrece esta vez Editorial APOLO de Barcelona una de las obras más renombradas del célebre escritor austriaco, universalmente conocido por sus biografías críticas.

La curación por el Espíritu comprende un estudio a fondo de cada uno de los tres precursores más destacados de la moderna psicoterapia. El magnetismo animal descubierto en el siglo XVIII, por Mesmer; la ***mindicure*** ejercida y fabulosamente explotada a últimos del siglo XIX en Norte América por Mary Baker-Eddy; y finalmente el psicoanálisis creado por Freud: he aquí los interesantísimos estudios abordados y plenamente desarrollados en este libro.

Los tratamientos de referencia y que tantísimo han dado que hablar en sus respectivas épocas, constituyen tres órdenes de experiencias técnicamente distintas, pero aplicadas, al parecer, con maravilloso éxito a idéntico objeto: los trastornos mentales, y marcan las tres grandes etapas históricas de un proceso curativo que Stefan Zweig, maestro en el arte de la biografía-ensayo, ha logrado sintetizar admirablemente en este famoso libro.

Aparte de esto, y algo al margen de la evocación que lleva a cabo de aquellas tres personalidades extraordinarias y de sus respectivos métodos curativos, roza el autor el grave problema de la crisis de conciencia de la medicina, problema candente en los centros médicos de todo el mundo y suscitado precisamente por los resultados y hallasgos cada día más sorprendentes de la psiquiatria extra académica.

Especialmente los experimentos relacionados con el estudio del subconsciente, hoy tan en boga merced al psicoanálisis, cobran en el libro de Stefan Zweig singularísimo relieve. Ese mundo nuevo, no explorado ni reconocido aun abiertamente por la medicina dogmática y académica y que, entreabierto apenas, ha dejado vislumbrar perspectivas incalculables, se proyecta, en efecto, vívido y luminoso en las páginas a un tiempo ágiles y doctas, de este apasionante libro indiscutiblemente uno de los más lúcidos y penetrantes del célebre psicólogo de Salzburg.

Por lo que dejamos dicho cabe deducir el interés verdaderamente excepcional del libro que, fiel y pulcramente vertido al castellano y con una elegantísima presentación digna del original, acaba de lanzar Editorial APOLO de Barcelona.

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en ediciones próximas.

Francia eterna, la dulce Francia,...

(Viene de la página 120)

jor de sus fuerzas y que vuelve a hallar los lazos que lo unen al conjunto de su país". Ninguna victoria política es durable en Francia, si no está confirmada por la provincia. El senado, esencialmente provincial, reina por valores desconocidos de París. Y si París acepta de la provincia sus nuevos amos, le da en cambio la investidura y los transforma.

Esta reunión de los mejores espíritus, en un principio en una corte, luego en una capital heredera de la corte, ha impuesto al espíritu francés cualidades de forma y de mesura. Le ha dado el gusto del análisis y el conocimiento de las pasiones humanas. En tales grupos corteses y cultivados, las violencias disgustan, el lirismo molesta. Sólo, una forma perfecta y viva despierta, sostiene la atención. En primer término, esta forma doblega fuertes pasiones a las reglas de un arte exigente. Es la época del gran clasicismo, el de Retz, de Corneille, de Moliére, el de Boileau, de Saint-Simon y del mejor Voltaire. Cuando, por la usura de la vida de sociedad, la forma sólo sobrevive, Francia expresa su aburrimiento. Entonces, un Rousseau venido de Suiza, un Byron procedente de Inglaterra, en fin, algún aporte extranjero la reanima. Nace un romanticismo que no dura largo tiempo. Rápidamente se le domina, y un Stendhal, un Flaubert vuelven a encontrar ese romanticismo contenido que conviene mejor al genio francés. "Candide" y "Madame Bovary" son libros terribles. Las pasiones, en las provincias francesas, son vigorosas. Balzac continúa siendo verídico. Esas rúas angostas, de grueso empedrado, esas casas de techos de pizarras y de tejas, esas plazuelas blancas y vacías, ven pasar aún al señor cura de Tours, al médico del lugar y a la Musa del Departamento. Pero la Francia seria y dulce de Combray no es menos auténtica.

De Roma, y acaso también de una larga vida provinciana, Francia tiene el gusto de la exactitud jurídica, de las fórmulas y de los contratos. Inglaterra maneja su vida política sin constitución, rinde justicia sin código, espera la paz de Europa de expediente contradictorios y de instituciones audaces. Francia quiere cartas escritas y garantías firmadas. El inglés conceptúa peligroso pretender enfrenar un universo de crecientes imprevisibles. El francés cree en los planos, en los edificios simétricos, en los dibujos firmes y bien concebidos.

El inglés, si se topa con una resistencia doctrinal, finge ceder, más tarde vuelve a la carga en otra formación y recupera de nuevo el terreno perdido. Obligado a conceder a un país su independencia, admite el principio y mantiene la ocupación. Un francés hubiera mantenido el principio a riesgo de perder el gaje. De estos contrastes entre las ideologías nacionales nacen los malentendidos que, después de la guerra, han hecho difícil la vida de Europa. Sin embargo, el pueblo francés ama la paz. Una vieja campesina de Cocherel decía un día a Aristides Briand: "Il ne faut pas faire la guerre; ca dérange tant de monde". (No hay que hacer la guerra; esto molesta (trastorna) a tanta gente). Frase perfectamente francesa. La mesura de la expresión, la fuerza contenida del sentimiento, el amor del trabajo, el horror de lo que "dérange" ("dérange": desordenar, desarreglar, descomponer, trastornar, molestar, importunar, enfadar), el horror de lo que "dérange" los trabajos y los días, tal es la Francia media. Y hay otras!

Andrés Maurois

(Versión española de *Carlos Deambrosis Martina.*)

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Suscrición mensual, ₡2.00
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.25 (El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Una vida literaria

= De *Books Abroad*. Oklahoma, U. S. A. Julio de 1932. =

Desde niño he tenido la vocación y la dedicación literaria. No ha amanecido día desde que comencé a comprender el clarear de los días que no haya traído para mí la inquietud literaria, la espera de la idea, la interpretación de las cosas, el deseo de superar lo ya descrito.

A los diez y seis años publiqué mi primer libro y hoy estoy por el libro cincuenta y tantos. Aun en esa cifra estoy como ante el primer libro y sólo creo en los próximos.

No quisiera más que tranquilidad y tiempo para poder escribir mi obra futura, pero no me dejan esa tranquilidad ni ese tiempo los artículos que tengo que escribir para poder seguir viviendo difícilmente, muy difícilmente. Me habría suicidado si no fuese para mí tan resarcidora en medio de la ausencia en que tengo que dejar mis libros, esa vida periodística con que me encaro con la realidad actual, en pleno contacto con el matiz justo de la vida, entrenándome para lo que alguna vez lograre escribir.

Estoy limpiando constantemente las plumas en esa labor de cazar el justo sabor de cada día que pasa, las letras distintas de cada hora que sucede, las cifras de las grandes vías ciudadanas.

Cobro en luces lo que la existencia no me da de otro modo y cobro los cheques de los anuncios luminosos que avalan las rúbricas del gas Neon.

De vez en cuando necesito prorrumpir en gritos y doy conferencias en plena arbitrariedad hablando de los faroles, de las chimeneas y de los plumeros en largas disertaciones.

Mi conferencia de las chimeneas la dí rodeado de esos simpáticos guerreros de los tejados que vigilan la ciudad contra los ángeles malos y por los que salen los últimos suspiros.

La conferencia de los faroles la dí con el conocimiento de causa que da tener un verdadero farol de calle en mi despacho—iluminado de gas pobre—y aunque parte del público se indispuso conmigo sin comprender el alto lirismo de los faroles no creyendo en la gran reunión de faroles protestatarios que yo ví en una gran plaza—rotunda de luz subitánea—ni en que había oído en la noche fría el más vivo de pecho que lanzaba un farol encandilado, pero me resarció de todo el que un ciego de nacimiento que asistía a la conferencia aplaudió a rabiar porque según decía después "había visto" en medio de su ceguera la verdad del farol, la incon-

Gómez de la Serna
Dibujo de *Patricio Gimeno*

cusa realidad del primer farol de sus sombras.

Ahora por América del Sur he paseado mis maletas de conferenciante y he dado conferencias sobre las mariposas—pues soy un fantástico lepidopterólogo—y sobre los peces porque soy un absurdo ictiólogo y he sacado de mis valijas—con las que aparejas en las conferencias—los objetos más variados, animándolos con las palabras: cabezas frenológicas, bolas de espejo, manos de llamador de puerta, esferas armilares, estrellas de mar, bolas, pisapapeles, martillos, reclamos de específicos, pájaros disecados, etc., etc.

Trabajo en dos casas todos mis delirios y absurdidades, una llena de objetos y otra sin más decorado que los recortes más originales de las revistas que tijereteo a través del tiempo, recortes pegados en las paredes a costa de paciencia y goma y que me envuelven en mis pesadillas llenas de los más variados asuntos, fomentando las más diversas asociaciones de ideas.

De nada me sirve haber sido traducido ocho veces al francés, diez y seis al italiano y varias en otros idiomas.

Ni el haber sido traducido al inglés me ha servido para nada. La traducción de mi Moviland me ha dado cuarenta dólares. Ese mundo inmenso que es Norte América responde como una inmensa esperanza pelada a mi mirada atónita. Me divierte pensar en el porvenir y escribo cartas hace muchos años permitiendo traducciones y contestando propuestas. Las praderas fértiles se alejan y quizás consiste esta ausencia de repercusión en que tengo prohibido que mis libros sirvan para ser leídos en los trenes y de ninguna manera en los barcos.

No sé! no sé! Escribo novelas que sirven a todos los corazones—quizás porque todas las novelas sirven a todos los corazones—procuro ensanchar el círculo estrecho de la vida, desenlazo la incongruencia de vivir en una mayor incongruencia, nada.

De todos modos mi humorismo continúa, este humorismo que debo a que un día me declararon humorista, pues yo escribo con plena seriedad, con pleno fervor, creyendo la solemnidad de lo que escribo. Por eso me chocó tanto el oír decir a la salida de una de mis conferencias que yo era "un humorista poco serio".

Oscilo entre el circo y la muerte. Amo los payasos y los muertos y encuentro un gran parecido entre unos y otros, habiendo observado que los payasos se caracterizan de muertos, pálidos, pálidos, con los ojos hundidos en negrura, dos comillas de calaveras en la nariz y la boca rasgada como la de los cráneos que ríen.

No desfallezco. Tengo las mesas llenas de cuartillas amarillas—así no parecen nevadas y yertas—y escribo sobre el amarillo con tinta roja porque así me parece tener más responsable sinceridad como si escribiese con sangre que es como por ejemplo se escribe el documento más serio que el hombre escribe cuando vende su alma al diablo.

Dibujo a veces las ilustraciones de mis trabajos por ser tan difícil dar explicaciones a los dibujantes para que al fin accedan a representar lo que queríamos que representasen.

Tengo mil proyectos de comedias, novelas, artículos y hasta conferencias pensando darlas un aire de gran magia, con biombos, telones encantados, baúles de los que salgan elefantes, cofres de los que broten verdaderas sirenas con las que dialogase, haciéndoles decir versos de sirena y contestar a mis preguntas sobre sus mares y sus amores.

Creo que al mundo no se le ha dado aún el sentido de arbitrariedad y desfachatez que merece, poniéndonos sobre sus preocupaciones, superando su dolor de entrañas, alcanzando la bagatela que puede ser su único premio auténtico y merecido.

Espero en el film hablado completamente poético, con vida interior tanto como con vida exterior—con vida interior que se ha descuidado cuando acaba de recibir la voz de la conciencia—y siempre creeré en el arte llevado a su último límite, a su confesión suprema, a su Funambulismo entre la vida y la muerte surcada la cuerda floja con la sonrisa justa y precisa.

Ramón Gómez de la Serna

Imprenta LA TRIBUNA